

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 9

50 Céntr.

PENAGOS
XXV



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

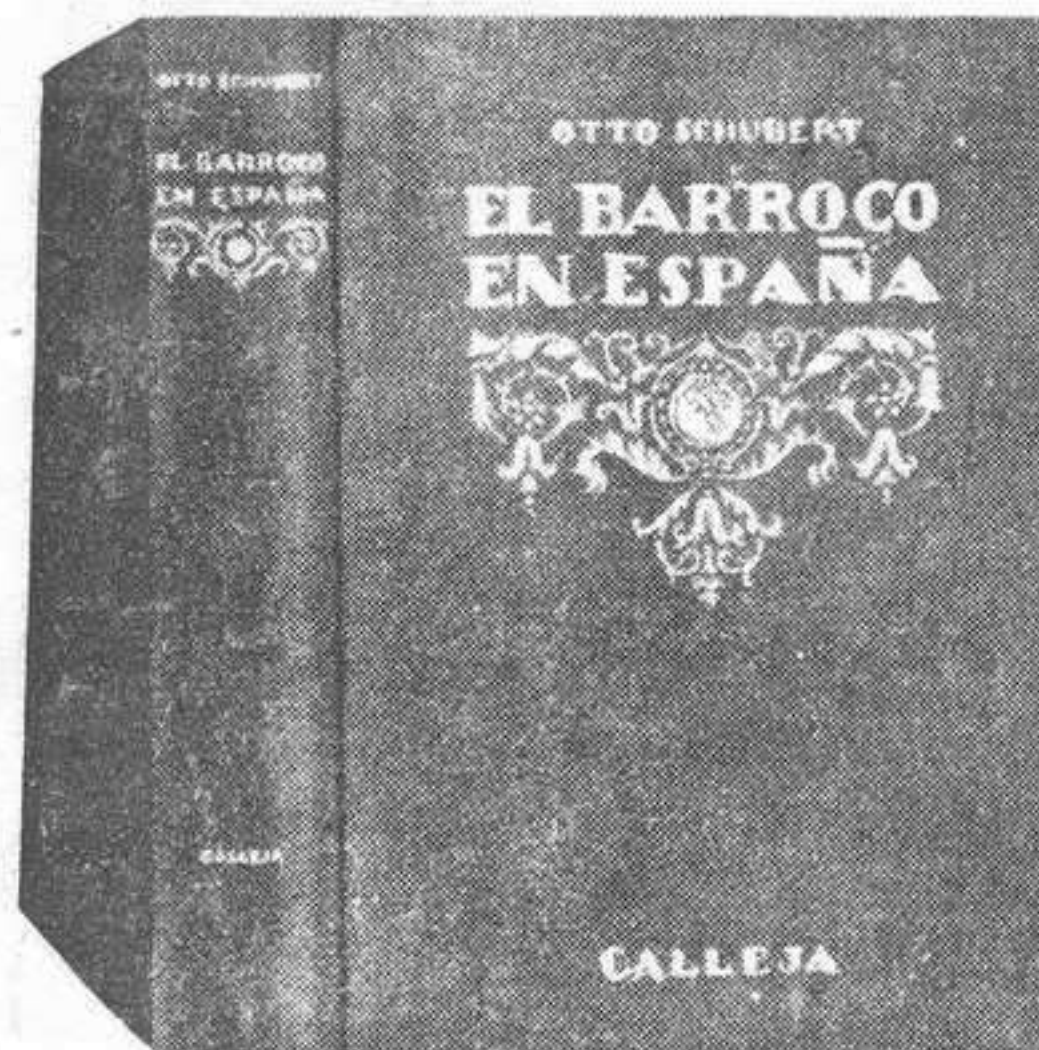
EXITO EDITORIAL

Otto Schubert.

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

De todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento menos puede eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal, y aún de las excursiones del turista, la visita de Museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico.

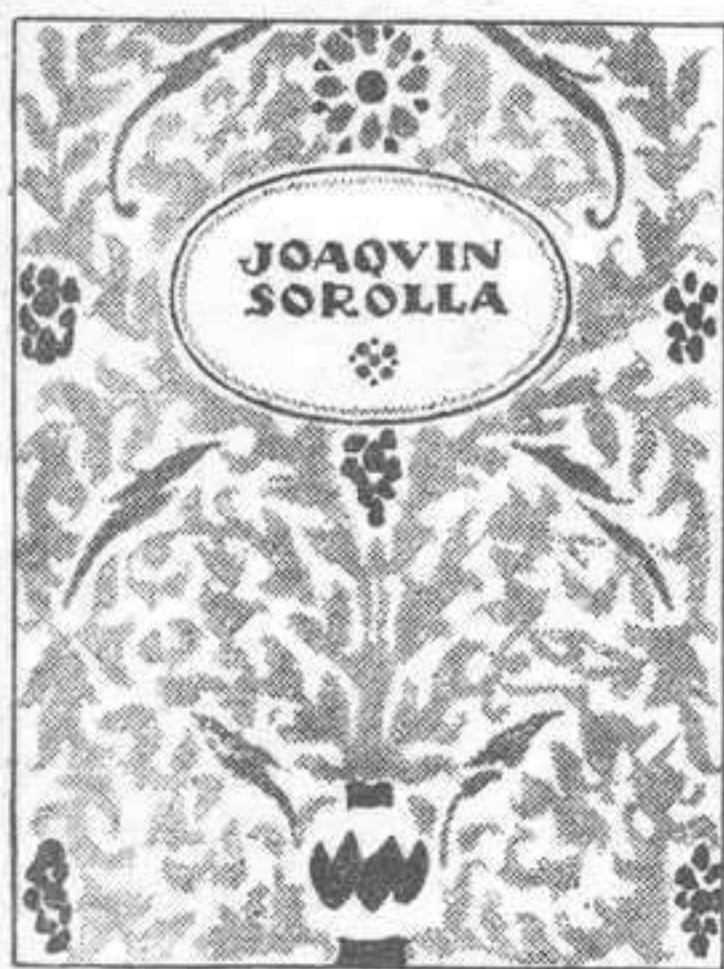
Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados; esmeradamente impreso, sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antilope fino,



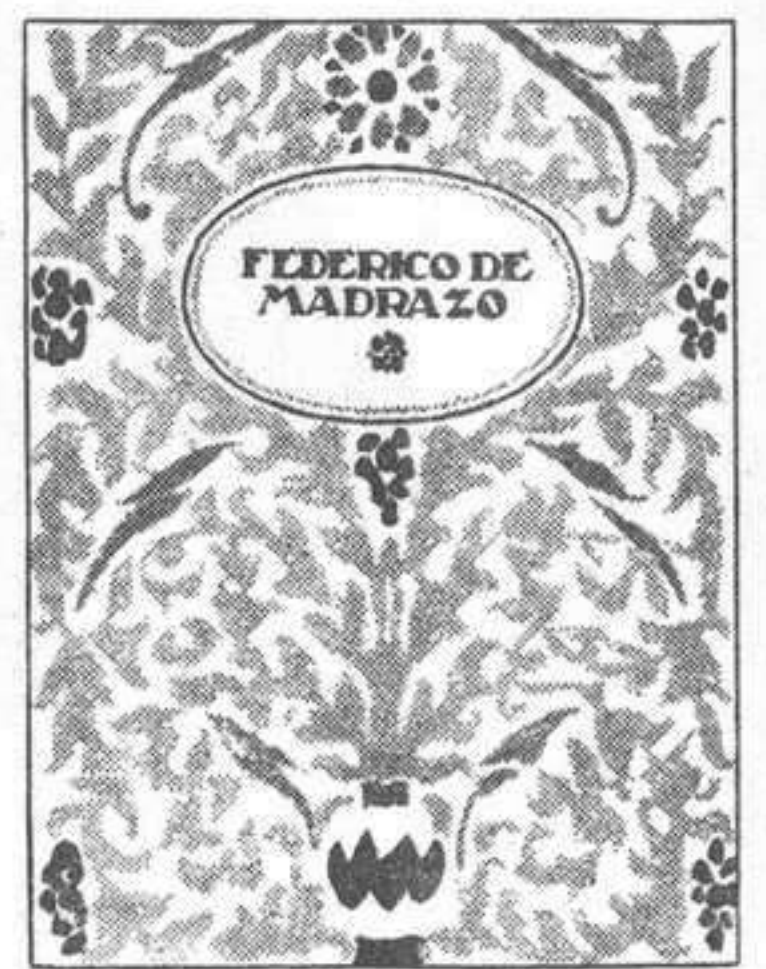
estampado en oro de ley, con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO: 50 pesetas.

MONOGRAFÍAS DE ARTE



Cabe encontrar una crítica que describa y juzgue a un artista luminosamente; pero ningún juicio, ninguna descripción, suplirán para cada cual la eficacia de la visión directa. En cada volumen de la colección de MONOGRAFÍAS DE ARTE, un especialista autorizado presenta el conjunto de la obra de un artista; pero a continuación una profusa serie de admirables fototipias reproduce las obras más logradas, las más representati-



vas y las más famosas del artista descrito. Con ello, el lector posee un documento sólo superable si recorriera cada Museo de cada ciudad del Mundo donde esas mismas obras se guardan.

TOMOS PUBLICADOS

	PESETAS		PESETAS
1. S. Rusiñol. (Paisaje.) Tomo I.	7,—	11. Eduardo Rosales.....	7,—
2. — (Figura.) Tomo II.	7,—	12. Gustavo de Maeztu.....	7,—
3. Julio Romero de Torres.....	7,—	13. Federico Beltrán.....	10,—
4. Joaquín Sorolla.....	7,—	14. Enrique Casanovas.....	7,—
5. Ramón Casas.....	7,—	15. Juan Pantoja de la Cruz.....	7,—
6. Miguel Viladrich.....	7,—	16. Leonardo Alenza.....	10,—
7. Fernando A. Sotomayor.....	7,—	17. Federico de Madrazo. (T. I) ..	10,—
8. Aguafortistas.....	7,—	18. — (T. II) ..	10,—
9. José M. ^a López Mezquita.....	7,—	19. Vicente López.....	10,—
10. José Clará.....	7,—		

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL

NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. IX.

Miércoles 21 Octubre 1925

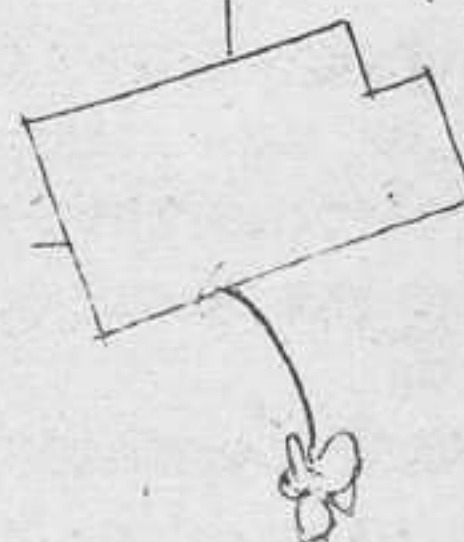
Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

visitas
de mujer



Ernestina de
Champourcín



En el piso exquisitamente amueblado que los barones Michels de Champourcín ocupan en la calle del Marqués de Villamejor, la hija mayor de éstos me recibe con su peculiar amabilidad.

A pesar de la apariencia francesa de su nombre, Ernestina de Champourcín es española, no puede ser más que española; una bella española de pelo negro, tez bronceada y cuerpo hermoso, sin esa extremada delgadez que hoy suele confundirse con «la línea».

—Si —afirma—, soy española; nací en Vitoria. Mi padre es español y mi madre uruguaya. Pero es cierto

que el título de Michels de Champourcín ha sido francés en su origen; más tarde, el Rey lo confirmó.

En seguida, se disculpa gentilmente porque reina todavía en los salones ese leve desorden que forma lo que pudiéramos llamar el «ambiente post-veraniego».

—¿Se ha divertido usted mucho este verano en la Granja? —pregunto:

—Sí, porque he leído y escrito mucho, que es lo que más me gusta.

—¿Cómo «lo que más»? También le gustarán los deportes, ¿no?

—No, nada; no practico ninguno.



La miro sin poder ocultar mi sorpresa, y exclama:
—¡Es que yo soy muy antigua!
—Pero tendrá usted otras diversiones menos apacibles que la literatura. Por ejemplo, el baile.
—Tampoco; no sé bailar, ni he querido aprender nunca; no me gusta.
—Sin embargo —insisto—, el nombre de usted figura mucho en las fiestas de sociedad.
—Sí; voy a ellas, pero... sin bailar.
—Entonces, ¿practicará usted el baile *causé*?
—Eso quisiera yo; me gusta mucho la conversación... con personas con quienes se puede hablar. Pero es un placer hoy rarísimo; los muchachos de ahora no saben hablar más que de deportes; sacándoles del boxeo, el «auto» y el fútbol, nada les interesa y todo les parece «curso». Y así resulta hoy anticuada la poesía, y «curso» el sentimiento; y a mí lo que más me gusta es la poesía, y, de ella, la más lírica y personal. Ya ve usted que soy muy antigua; es una desgracia, pero soy así.
—No; no es una desgracia —protesto sinceramente—, desde el momento en que el «ser así» le inspira a usted tan bellas cosas como las que escribe. Siempre en verso, ¿no?
—También he escrito algunos cuentos y crónicas; pero me cuestan más trabajo, un esfuerzo del que apenas soy capaz; el verso es mi expresión natural, espontánea; y es también mi género de lectura predilecto.
—Entre los poetas, ¿cuáles prefiere?
—De los españoles, Juan Ramón Jiménez; también me gusta Amado Nervo; en cuanto a Rubén Darío, no me parece bastante lírico; en él, la forma domina al sentimiento, demasiado para mi gusto. De los franceses, Verlaine y Paul Fort...
—Le *P. ince des Poètes*, como le llaman sus compatriotas; y prosistas, ¿cuáles tienen sus preferencias?
—De los españoles, Valle Inclán y Concha Espina. A los demás los conozco apenas, como no sea a Blasco Ibáñez, que me parece bastante superficial. Me entusiasman los clásicos, sobre todo los griegos, y entre éstos, Anacreonte. De los extranjeros, los novelistas franceses tales como Prevost, Bazin, Bourget, Bordeaux, etc..., etc..., me hacen poquísima gracia. En cambio, me gusta mucho François Mauriac, y, más que ninguno, Maeterlinck. De éste, me entusiasma todo: los versos, las obras de teatro, los ensayos, el estilo, el pensamiento, la sensibilidad..., hasta su país. Conozco Bélgica muy bien, y Brujas es una de las ciudades que

más me han impresionado y más profunda huella han dejado en mí.
—¿Usted ha viajado mucho?
—No; pero después de la poesía, los viajes son lo que prefiero, y los países que me gustaría visitar son, desgraciadamente, los más lejanos: la India y el Japón.
—Desgraciadamente, no; naturalmente, sí; porque si estuvieran cerca, es probable que no despertarían de tal modo nuestra curiosidad. Y la música, ¿le gusta?
—También, pero no toco ningún instrumento; mis compositores predilectos, aparte de Beethoven, son los modernos franceses, sobre todo, Ravel y Debussy.
—Por lo que voy viendo, sus aficiones, exceptuando lo de los viajes, son más bien apacibles, ¿no?
—Sí; ya le dije que soy muy antigua...
—¿Y al teatro, no va?
—Aquí, en Madrid, voy bastante al Real, y al Español, cuando está la compañía Guerrero-Mendoza. En mi último viaje a París, estuve en la «Comédie Française» en una *matinée* poética, interesantísima. También presencié, en el Teatro de la «Renaissance», una representación de la «Juana de Arco» del poeta Porché; encarnaba admirablemente la protagonista, la gran actriz madame Simone, esposa del autor.
—Ahora me voy a permitir una pregunta más personal, de rigor en estas «visitas». Si tuviera que ganarse la vida, ¿qué profesión escogería?
—Soy bachiller y podía dedicarme a la enseñanza, ya que la poesía, de sobra lo sé, no puede ser nunca un recurso económico. Pero me parece que optaría por instalar un salón de té.
Y como la miro algo extrañada, explica:
—Es que yo, ¿sabe usted?, entiendo bastante de repostería: hago bizcochos, bombones, dulces. Verdad es que también coso y hago vainicas, y me gusta el hogar y adoro los niños...
Y, riendo gentilmente, concluye:
—¿No le decía yo a usted que soy muy antigua?
Uno entonces a las aficiones adorablemente románticas y sentimentales de la señorita de Champourcín sus gustos artísticos, de una exquisitez tan avanzada, y murmuro al despedirme:
—Sí, «muy antigua... y muy moderna», en el mejor sentido de las dos palabras.

CARMEN DE AVILA.

MANOS DIVINAS

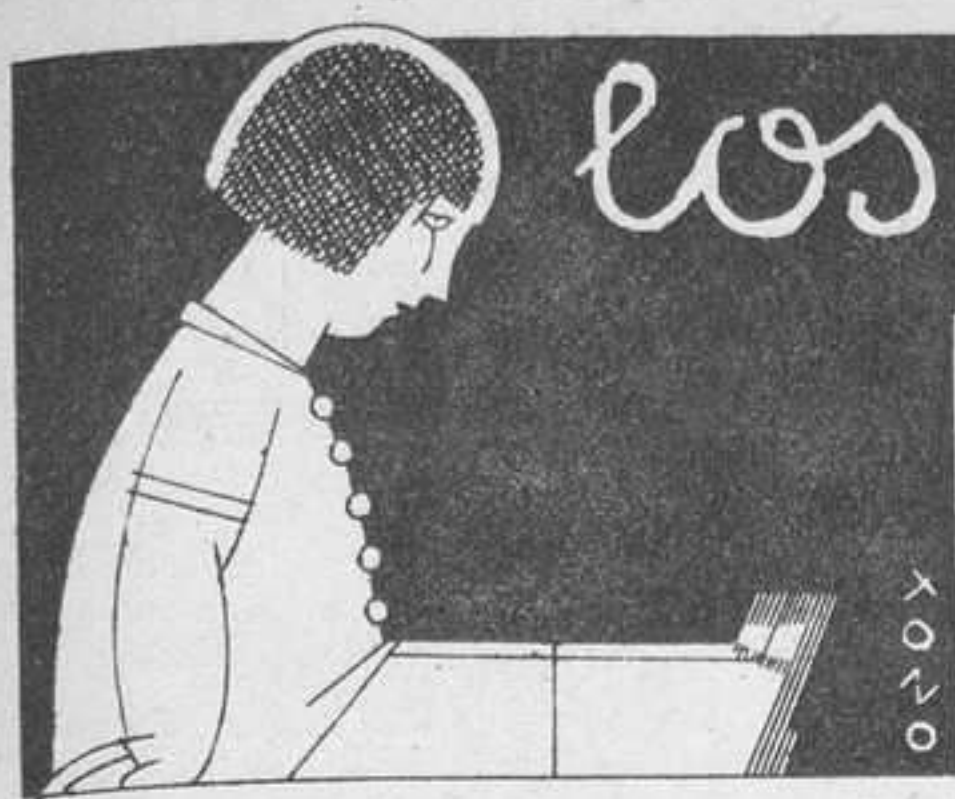
Manos yertas, enclavadas en el yunque del dolor,
manos lacias, adormidas en el leño del amor;
manos puras, azucenas de inefable castidad,
albas piedras de holocausto que ablandó la caridad.

Rojos lirios, desangrados sobre tantas amarguras,
rojos lirios, deshojados en un gesto de ternura;
tibiais manos, siempre juntas en serenas oraciones,
manos llenas de enseñanzas y de dulces bendiciones.

Manos santas, extendidas, que esperais eternamente,
mientras ciega la locura con sus risas a la gente;
yo quiero acercar mis labios a vuestras palmas heridas,

y si es preciso morir, para llegar a la «vida»;
¡quedáos, místicas manos, reposadas en mi frente,
y enterradme para el mundo, en silencio, suavemente!

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN.



Los niños auténticos

Publicaremos en esta Sección los dichos y hechos infantiles graciosos, conmovedores o interesantes que, tomados de la vida real, nos envíen nuestros lectores.



Acompañado de su hijo, niño de corta edad, visitaba un caballero un Santuario, donde se veneraba un Santo Cristo reputado como el más milagroso de toda la comarca.

Colgadas de las paredes del pequeño Santuario, se veían varias prendas de vestir, brazos y piernas de cera, matas de pelo, etcétera; ofrendas con que los favorecidos por la divina protección testimoniaban su gratitud a la milagrosa imagen. Entre aquéllas se destacaban dos muletas colgadas al lado de la Cruz. Al fijarse el niño en ellas, dijo a su padre:

—Di, papá, ¿Cristo era cojo?

□ □ □

Un sujeto detuvo a un niño que iba a atravesar una calle, en el preciso momento en que venía galopando un caballo, diciéndole:

—Espera, rico; no te vaya a atropellar esa *caballería*.

A los pocos días, yendo ese mismo niño de paseo con su padre por una carretera, observó que detrás de ellos marchaba un burro y dijo:

—Apártate, papá, no nos vaya a atropellar esa *burrería*.

□ □ □

Como premio a su aplicación regalaron a una niña varios juguetes, y entre ellos un diminuto *puesto* de horchata.

Como ampliación de la recompensa, acordaron sus padres llevarla una tarde al teatro; y como quiera que aquel día diese más guerra que de costumbre, le dijo su madre:

—Si no eres buena, te quedas en casa y en tu *puesto* irá la niña de la portera.

A lo que aquélla, derramando abundantes lágrimas, replicó:

—¡No; en mi *puesto*, no; que esa niña pesa mucho y me lo va a romper!

□ □ □

Salen juntos del colegio varios niños y uno de ellos, que apenas cuenta siete años de edad, decide marcharse a su casa en vez de quedarse a jugar en la plaza, como de costumbre, con sus compañeros. Al observarlo un amiguito le dice:

—Pero, ¿por qué te vas? ¿Estás malo?

—No —replicó el aludido—; ¡es que tengo un coraje!

—Pues ¿qué te ocurre?

—¡Que no me dejan en mi casa tener novia!

JUAN CARRIZO.

□ □ □

Rafa (cinco años) y Satur (tres años), tenían dos primos: Pepín y Luisito. Pepín, un poco mayor que Rafa; Luisito, algo mayor que Satur. Los primos iban al colegio, sabían leer; Pepín, hasta decía versos en francés... Eran seres superiores.

Una tarde que habían merendado juntos, apenas se separaron Rafa fué a decirle a su madre:

—Yo me quiero llamar Pepín.

—Y yo Luisín —dijo Satur.

Su madre les explica:

—Eso no está bien. Tú debes estar orgulloso de llamarte Rafael, que es el nombre de tu padre, y tú debes estar orgulloso de llamarte Saturnino, que era el nombre de tu abuelo.

Días después, estaba en la casa un obrero arreglando unas luces. Satur estaba por allí mirándole trabajar, y trabando con él conversación. El electricista le dice:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—¡Me llamo Saturnino y estoy muy orgulloso!

□ □ □

Se juega a los «retratos». Cada cual piensa una persona, y para

que los demás adivinen quién es, hace una somera descripción del retratado.

Satur (cuatro años). Piensa en uno de sus tíos (siempre jovial, de cara aniñada y de un metro noventa y tantos de estatura), y le define así:

—Un niño que es más grande que un hombre.

□ □ □

Satur (cuatro años), según acostumbra, está hace largo rato charlando por los codos con su madre, la cual acaba por distraerse y no enterarse de lo que dice el chico. Pero Satur está ahora contándole un cuento —ininteligible, claro—, y requiere sin cesar la opinión de su madre. El cuento es pródigo en catástrofes, y la madre repite a cada pregunta maquinalmente:

—Horrible; es horrible.

Pero a la cuarta o quinta vez, Satur observa seriamente:

—No: eso no te puede parecer horrible; eso te parecerá bien nada más.

—Sí, sí; muy bien.

Y «muy bien» es el nuevo estribillo.

Al poco rato, la madre vuelve a decir: «Muy bien, muy bien.» Y Satur, casi llorando, protesta:

—¡Mamá! ¡Dices que muy bien, y te he dicho que Satur se *hacío* tortilla.

(Satur es siempre personaje de sus cuentos.)

□ □ □

Rafa (cuatro años) está acurrucado en un rincón, silencioso y cabizbajo.

—¿Qué haces ahí? —le pregunta su padre.

—Te he roto el lápiz y me he castigado.

□ □ □

Satur va con su padre en automóvil de Bilbao a San Sebastián. Al pasar por Zumaya, y señalando la preciosa casa del maestro Zuloaga que, como saben cuantos la han visto, es admirable de línea y muy animada de color:

P.—Mira que casa tan bonita.

Satur.—¡Ay, sí!

P.—Es de Zuloaga, un gran pintor.

Satur.—¿La ha pintado él?

□ □ □

Satur estaba con su madre que había estado canturreando un aire de zarzuela, de cuya letra sólo sabía el estribillo:

—«Hasta mañana.

Hasta mañana...»

Largo rato después, Satur le pregunta a su madre:

—¡Mamá! ¿Quiénes eran esos que se iban antes?

R. C.

□ □ □

Chufa (seis años) y Lolín (cinco años).

Chufa.—¡Pues el ama me ha contado un cuento que tú no sabes!

Lolín.—¡Y yo sé la Historia Sagrada! ¡Que mamá me ha contado Adán y Eván!

R. S.

□ □ □

S... (cinco años), visita con su padre un buque de guerra francés. Un oficial va amablemente enseñando el barco y explicando cada cosa.

De pronto S... ve atado a la borda, y enfundado, uno de los salvavidas. Y le dice a su padre en voz baja:

—Papá ¿es la rueda de recambio?

C.

"ALGO DE LA VIDA DE ALEJANDRO VAROWSKI"

Cuento

por María Teresa Roca de Topores



I

ESTABA solo. Hundido perezosamente en su diván favorito. Consultó el reloj. Las seis y media, y a las seis era la cita con Edmundo y René, en el Meurice. «Ya no vale la pena ir —pensó, encendiendo otro egipcio». Cerca del cenicero estaba aún la tarjeta que aquella mañana recibiera. Una de esas innumerables postales suizas, con un lago muy azul y una vegetación muy verde. Volvió a leer: «Desde St. Moritz, le recuerda su amiga Elena». Y aquel nombre repercutía con un extraño prestigio en la vida de Alejandro. Sus ojos buscaron instintivamente sobre la chimenea el óvalo de oro en que aparecía la condesa de Argel, envuelta en una capa de marta, tal como la viera la primera vez una tarde de otoño en el Bois de Boulogne. Y volvieron a surgir los días grises, bajo el cielo brumoso de la capital, cuando se cruzaban el *milord* de ella y el *citroen* de él, y él la veía sin mirarla, y ella le miraba sin verle; y después, aquellos otros en el castillo arcaico de Normandía. ¡Días azules y luminosos, cuando a su primera bajada al jardín, Elena llegaba hasta él como una amable encarnación de la mañana, toda blanca y dorada, bajo la gran campana de paja del sombrero, donde se desmayaban las primeras glicinas de la primavera!

II

¡Alejandro!

¿...?

Y en la mañana fresca y azul, se dirigían corriendo hacia la playa. Atravesaban la granja que olía a heno, y a su paso huían los gansos asustados y corrían los patos a zambullirse en el agua de los estanques. Elena avanzaba ligera, alada, rítmica, dejando la huella de sus pies en la arena limpia y fina, entreverada de fragmentos de nácar. Una lancha blanca oscilaba en la orilla. Y la frágil embarcación se alejaba de la costa, sobre el agua tranquila, con sólo Alejandro que empuñaba los remos y Elena que se instalaba junto al timón.

III

Las tardes empezaban para Alejandro en aquella gran sala del castillo, rodeada de cuadros de antepasados; transcurría en el *tennis* y acababa en la soledad del jardín, donde, con un libro entre las manos, buscaba el silencio de las avenidas desiertas. Una vez, se había encontrado con Elena, en el término del bosque de pinos. Volvía de la viña, por el camino entoldado de pámpanos. Traía los labios relucientes del mosto de la fruta.

—¿Quiéres? Y le ofrecía el cesto lleno de racimos cárdenos y verdes, como trozos de jades y amatistas.

Y él se había sentido muy nuevo y muy primitivo.

—Pareces algo de Baco —dijo.

Y ella, inclinando la cabeza hacia atrás y entornando los ojos:

—Quisiera ser algo de Eros.

La luz moría en la paz de los campos solitarios. Allá lejos, se deshojaban las últimas rosas de la tarde.

IV

Y aquella noche, un nuevo huésped llegaba al castillo. Elena había hecho la presentación.

—¿Sabes?, es mi primo Charles, que viene de Oxford. Pasará unos días con nosotros antes de irse a París —y vaticinó: Seréis muy buenos amigos; Charles es un *tennisman* formidable; ha ganado varios campeonatos en Wimbledon.

Desde ese día, el recién llegado era el tercero en todas las partidas. Después de la cena, se bailaba, y era motivo para que el primo Charles, enseñara a Elena un nuevo paso de tango o el último del *fox*.

A Alejandro, empezó a molestarle la mirada impertérrita del nuevo amigo, y acabó por serle insoportable su presencia. Si a estas horas estuviese ya en Evian, lo estaría pasando mu-



cho mejor —había pensado—. Y la despedida de ella fué breve. Una noche, mientras bailaban un *fox*:

—¿Sabes, Elena, que me voy por fin mañana a Evian?

Sintió que toda ella se estremecía. Suplicó, aunque sabía que era inútil:

—Por Dios, Alejandro, no te vayas.

Por primera vez era sincera. Pero él no había desistido. Le divertía martirizarla. Sabía que ella le adoraba, al mismo tiempo que le seducía hacerse querer por el hombre de más éxito de su tiempo, cuyo nombre había visto tantas veces en la Prensa de París, subrayar el retrato de aquella cabeza de príncipe y de boemio, que medio siglo antes hubiese inspirado a Verleine sus mejores rimas.

V

Algún tiempo después, en una de esas tarjetas de rúbrica, la marquesa de Beaulieu, tenía el gusto de invitarle a la ceremonia del casamiento de su nieta Elena Zaldívar y Belver, con D. Carlos Belver y Almazán, conde de Argel.

VI

Y, otra vez, Elena había vuelto a surgir en su camino. Un día, en St. Moritz, en que Alejandro visitaba la exposición de un pintor holandés. Ella le explicó su estancia en Suiza. Charles estaba muy enfermo. Habían recorrido el mundo bajo el gesto pesimista de los médicos, y por último, dos eminencias de la medicina habían coincidido fatídicamente. Charles no viviría más de un año. Alejandro dejó ver también algo de su vida espiritualmente solitaria y le hizo saber su próximo casamiento con María Dauval, la única mujer que le ofrecía lo que ninguna otra: la paz. Y toda la tristeza de su alma debió sentirla Elena en la suya, porque su voz se apagó suplicante:

—Espera un año más, Alejandro.

¡Un año! Era la fecha en que debía morir Charles. La voz imploraba aún. Y, a la despedida, él había dicho, cobarde: «Esperaré» mientras sentía pesar sobre su alma, como un remordimiento, la mirada diáfana de las pupilas pensativas, en que tantas veces había visto reflejarse apaciblemente la lumbrera de las veladas invernales, en la vieja casona de Noisy.

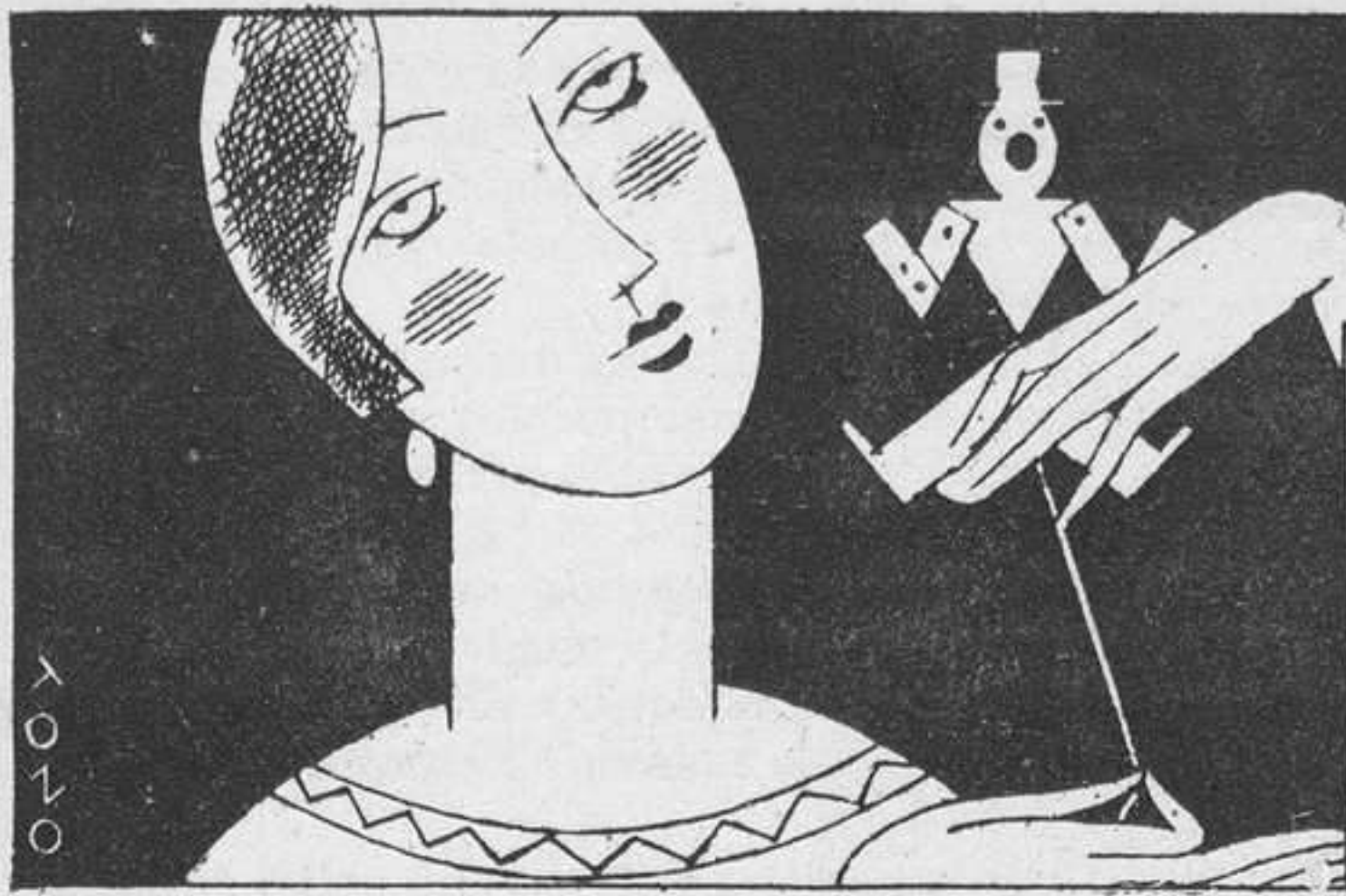
VII

Dos años más tarde, en un periódico de Madrid, días antes de marchar a Suiza, Alejandro leía: «Anuncia un cronista que, en breve, se celebrará en St. Moritz, la boda de una joven dama, viuda recientemente de un título de Castilla, y nieta de una marquesa, residente en París, con un opulento aristócrata inglés, muy conocido en nuestra sociedad.»

VIII

... Y ahora Elena, volvía a llamar a su corazón. Alejandro cogió el retrato entre sus manos, y friamente, sin mirarlo siquiera, lo arrojó a los leños que ardían en la chimenea. Se sintió solo... muy solo. Había anochecido por completo. Alguien entró en el estudio y encendió las luces. Era su discípulo Edmundo, que le traía una carta. Leyó: «No debes de venir esta noche a la Opera. —René».





MONINA

NOVELA

POR

CYIP

(Continuación.)

—¡Qué importa!

—Quiere decirse que puede ser también nieta de usted.

—¡Ya lo sé, caramba! Pero todo eso es razonar, y los corazones jóvenes razonan poco y mal.

—¿Entonces?...

—Entonces... —dice el señor de Clagny, esforzándose por reír—, ya puede usted suponer que hablaba en broma.

Monina había cruzado el patio principal. El calor era insostenible. Los pavos reales, subidos en un tronco de un árbol derribado, parecían estúpidos y ridículos; los perros, tumbados a la larga, estiradas las patas, jadeaban bajo los rayos ardientes, sin buscar la sombra, a pesar del calor. Nadie había fuera a aquella hora tórrida, excepto Pedrito, que en traje de cutí blanco, y tocado de un gran sombrero de paja, paseábase bajo los castaños en tresbolillo.

Dionisia subió corriendo la escalera y entró como un torbellino en la sala de estudio, en cuyo umbral, turbada, se detuvo. El señor Giraud, sentado en una mesa, se levantó al verla aparecer. Ella balbuceó:

—¡Oh, perdone! Quería hablar con Pedrito; creí que estaba aquí y que usted había salido a dar un paseo.

Muy desconcertado, respondió el joven profesor, buscando las palabras que no encontraba:

—¡No..., señorita..., no!... Yo estoy aquí... Pedro es quien ha salido... Pero, si usted quiere..., sí, puedo decirle lo que...; pues usted, probablemente, tenía algo que...

Perdía el pobre la cabeza viéndola tan bonita, tan sonrosada, a pesar del horrible calor, fijos en él dulcemente sus hermosos ojos. Ella repuso un poco perpleja:

—Sí; tenía que hablar con Pedrito, pero con él mismo... Aunque como lo que tengo que decirle concierne a usted, quizás sea mejor...

—¿Qué me concierne? —interrumpió Giraud inquieto—. ¿A mí? En verdad que no sé... Me pregunto si...

Acababa de ocurrírsele que quizá fuera a decirle que después de lo pasado la antevíspera no podía seguir en Bracieux. Y enloquecía el pensar que no sólo tendría que separarse de Monina, sino encontrarse sin ocupación durante aquel par de meses en que creía su vida asegurada y fácil.

La joven le miraba, risueña y bondadosa. Al cabo dijo:

—Es tan difícil decir... al interesado...

—Entonces... Pedrito...

—¡Bah!... Pedrito, que no es, lo reconozco, nada diplomático, habría sabido, en cambio, explicarse mejor que yo para anunciarle...

—¿Para anunciarme?...

—Que usted come con nosotros esta noche. La jaqueca es buena excusa para las mujeres... a lo sumo.

—Pero, señorita, aparte del disgusto, muy grande, sin embargo, que tendré por no estar vestido como los demás, no es conveniente por los mismos invitados.

—Sí, quizás tiene usted razón. No sería conveniente si fuese el único sin frac. Pero tampoco le vestirá el señor de Clagny, que comerá con el mismo traje que ha traído para visitarnos. De modo que...

—Señorita..., el señor de Clagny, a quien he visto llegar, es un anciano, y como tal puede permitirse muchas cosas que yo, en mi situación sobre todo, no puedo...

—Usted obedecerá a mi abuela como niño bien mandado, pues es mi abuela quien me envía, sépalo usted.

—¡Ah!... —murmuró el joven, contrariado—, es su señora abuela! Creí que era usted quien... Pero usted estará resentida conmigo, ¿verdad?

—¿Yo? —preguntó sorprendida. ¿Por qué?

—Porque... ya sabe usted... la otra noche, cuando yo, contra mi voluntad...

El alegre rostro de Monina se entristeció, y repuso, poniéndose grave repentinamente:

—Creí que de eso no nos volveríamos a ocupar jamás. Quiero que se le olvide a usted lo que me dijo.

Quedó un momento pensativa, inmóvil, y añadió con voz apagada:

—Yo también, sobre todo, quiero olvidarlo.

Y el breve pestañeo de los párpados entornados puso en sus mejillas sonrosadas, inundadas de luz, una sombra extraña.

Giraud fué hacia ella, emocionado, ansioso, balbuciente:

—¿Es verdad lo que acaba usted de decir? ¿Recuerda usted aún aquel instante de locura? ¿Lo recuerda usted sin enojo?

Ella respondió, envolviéndole en el azul de su mirada:

—Lo recuerdo sin enojo.

Luego, tan bajo que él apenas pudo oírlo, murmuró:

—¡Y lo recuerdo constantemente!

Y, cambiando de expresión, concluyó:

—¡Usted es ahora quien tiene que olvidar..., olvidar al instante lo que nunca he debido decir! Se lo ruego. ¡Hágalo por mí!

—¿Olvidar? ¿Cómo quiere usted que olvide? Bien sabe usted que es imposible.

—¡Sin embargo —insistió resuelta—, es preciso! Sí... Pensará usted que he tenido, que hemos tenido un sueño luminoso y apacible, de esos de que se despierta feliz, turbado, con la visión de cosas bonitas desvanecidas. ¿No ha soñado nunca así? Sueños que no pueden volver a recordarse, por mucha fuerza de imaginación que se tenga, pero que nos son queridos.

Su voz, todo cariño, desconcertaba al joven, que maquinalmente sentose de nuevo, sin responder, con el rostro levantado hacia Monina y llorando.

Ella se acercó y dijo suplicante:

—¿Llora usted? ¡Si usted supiese qué pena me da verle llorar! Y si ello puede servirle de consuelo, figúrese que yo también tenga pesar.

—¿Es posible? —preguntó deslumbrado de felicidad.

Dionisia no respondió. Acababa de advertir encima de la mesa una carta que Giraud terminaba al entrar ella.

—Escribía a mi hermano —dijo éste, siguiendo su mirada—. Y en vez de hablarle de mi alumno, de mis ocupaciones y de todo aquello a que mi vida se debe limitar, le hablo de usted, sólo de usted.

Ella le contestó, poniendo su dedo rosado sobre la firma:

—Miraba su nombre... ¡Fred!... Es un nombre que me gusta. Se lo he puesto a mi ahijado, el último de los hijos de Bertrada...

Pareció mirar a lo lejos, a través de la ventana abierta, y repitió como para sí:

—¡Fred!

Luego pasó por la frente su mano fina, y dijo, dirigiéndose hacia la puerta:

—¡Y la comida..., las flores..., los menús, que aún no están escritos... y son ya las cinco!

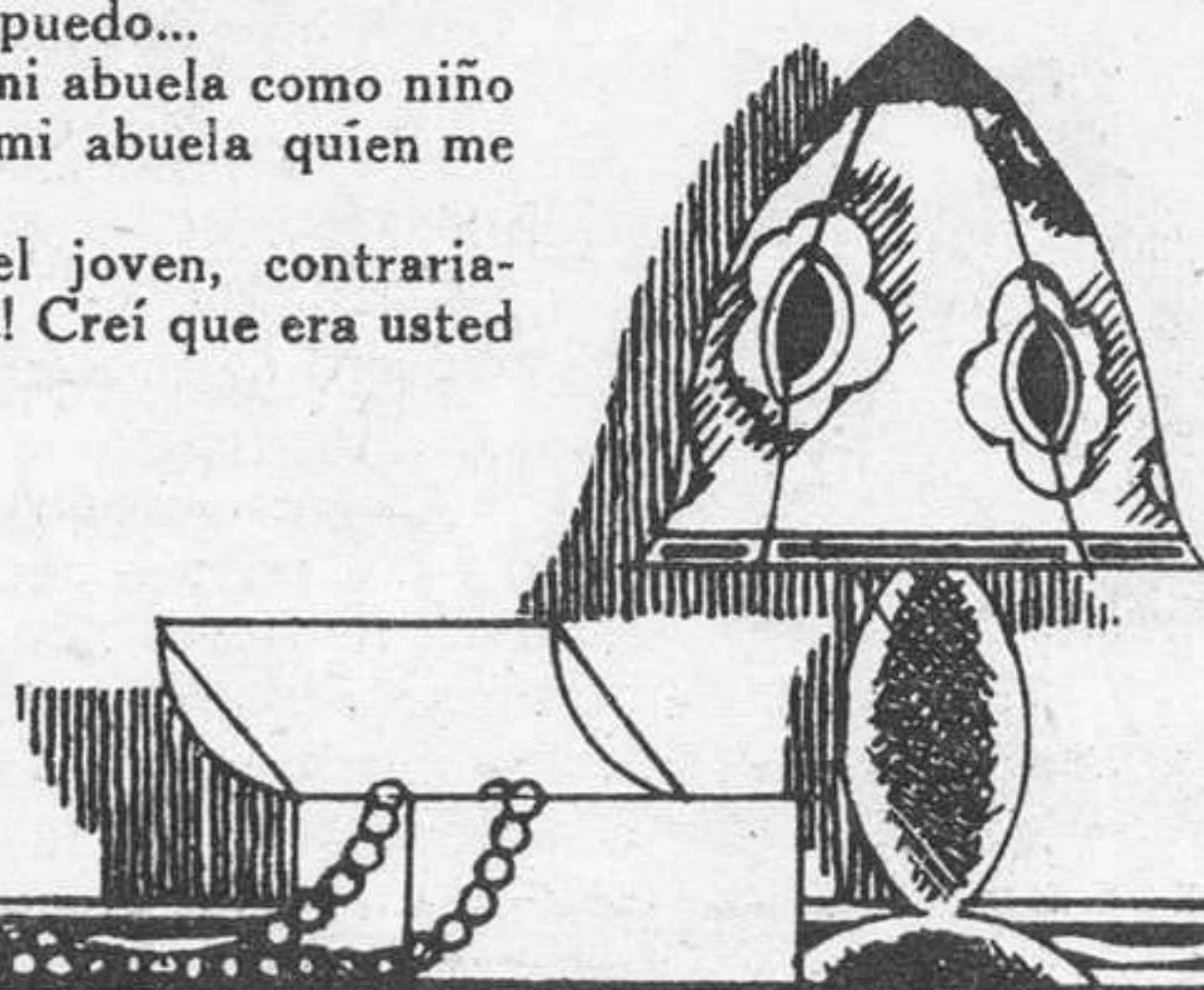
Y como el pobre joven permanecía inmóvil, anonadado, le preguntó:

—Es cosa convenida lo de esta noche, ¿eh?... ¡Le ponemos cubierto!

Y él respondió, como volviendo vagamente en sí:

—En medio de tanto frac, voy a hacer un efecto deplorable.

—Nada de eso. Además, que no habrá tantos. El señor de Clagny, de levita; el señor de Bernes, siempre de uniforme, temeroso de encontrarse con el general de Bar-



fleur. El abate tiene su sotana. Y concluyó, riendo:

—Por lo menos son ya tres que no estarán de frac..

Al salir de la sala de estudio tropezó con Enrique de Bracieux que venía por el corredor, y que le preguntó sorprendido:

—¡Calla!, ¿qué haces tú aquí?

—¿Y tú?

—Yo voy a mi cuarto.

—Yo salgo del de Pedrito.

—Pedro está en el jardín.

—No lo sabía y tenía una cosa que decirle.

Receloso, y casi agresivo, le preguntó:

—¿A él... o a Giraud?

Aparentando no darse cuenta de la actitud singular de su primo, respondió dócilmente:

—A él, para que se lo dijera a Giraud. Y como no estaba...

—Es a Giraud a quien has...

—¿Dado el recado de la abuela? Sí.

Y con aire de candidez añadió:

—¿Por qué te preocupa tanto que yo dé este recado a uno o a otro?

—Por curiosidad, probablemente —respondió Enrique, esforzándose por bromear—. Y la prueba de que soy curioso es que tengo ganas de saber cuál era el recado.

—La abuela me ha encargado decir al señor Giraud que no tiene frac...

—¿No tiene frac, Giraud?

—No.

—¿Ninguno?

—¡Calla!..., dices lo mismo que yo. Pues no, no lo tiene. Nos había prevenido que no comería con nosotros. Pero como el señor de Clagny se queda a comer, de levita, iba a advertir a Pedrito para que él se lo dijera al señor Giraud..., ¿comprendes?

—Sí... —repuso Enrique—, muy bien. Pero como Juan que es un elegante, no viaja nunca sin varios, y debe de tener aquí tres por lo menos, le dejará uno. Los dos son de la misma talla...

—¡Muy bien!

—Se lo dejará de buena gana. Giraud es un buen muchacho a quien todos queríamos si...

Se detuvo de pronto, y Monina preguntó:

—¿Si qué?...

—¡Nada!... Voy a arreglar este asunto. A la edad de Clagny es indiferente presentarse bien o mal. A la edad de Giraud ya es otra cosa. Estoy seguro de que sufriría mucho creyéndose en ridículo..., sobre todo...

—¿Sobre todo, qué?

—Sobre todo, delante de tí.

Monina se encogió de hombros y se alejó corriendo por el corredor.

VI

Aunque atareada con los cubiertos, las flores, el servicio y los *menús*, Monina estuvo lista la primera.

Llevando en sus brazos un enorme ramo de rosas, entró en el salón precisamente cuando la marquesa acababa de subir a su cuarto para vestirse.

Muy ocupada en arreglar las flores sobre una consola, no vio al señor de Clagny que se la comía con los ojos, mientras la joven iba y venía con graciosos movimientos de pájaro, que revolotea antes de posarse.

Por fin su voz hizo estremecerse a Dionisia:

—¿De fijo que han traído directamente de París su precioso vestido?...

—¡Ah!... —dijo Monina despavorida—, casi me ha asustado usted.

Después, reuniéndose con el conde y sacudiendo suavemente su ligero vestido de gasa rosada apenas:

—Este bonito traje no ha venido de París. Se ha confeccionado en Bracieux, junto a Pont-sur-Loire.

Muy asombrado, el conde preguntó:

—¡No es posible!..., ¿Y por quién?

—Por Dionisia, aquí presente, y por una anciana obrera, camarera de teatro.

El conde se había levantado y daba vueltas alrededor de la joven, con una admiración casi tímida. Estaba tan bonita emergiendo de aquel vapor rosado que parecía tocar apenas el cuerpecito maravilloso, y del que salían sus hombros matizados también por el singular fulgor rosa, que hacía única su fina piel, delicadamente aterciopelada, que el señor de Clagny encontraba a Monina asombrosamente encantadora, con su boca fresca y sus ojos inocentes.

De toda su persona

se desprendía un perfume de extrema sensualidad; pero en su mirada purísima se leía una ingenuidad desconcertante.

Y mientras él la examinaba curiosamente, Monina pensaba que «el viejo amigo de su abuela» era mucho más joven de lo que ella se figuraba.

Buen mozo, esbelto aún, su porte era realmente distinguido, con cabellos muy blancos por las sienes y bigote rubio apenas canoso. Sus ojos pardos miraban con dulzura y su boca burlona, algo perversa a veces, mostraba al sonreír los dientes blancos y puntiagudos, verdaderos dientes de cachorro, que animaban singularmente el rostro.

El silencio se hacía molesto. Monina dijo por último:

—¿No ha bajado mi abuela todavía? Pensaba encontrarla aquí.

—Salía para vestirse, justamente cuando usted entraba.

—¡No va a estar lista nunca!

El señor de Clagny consultó su reloj.

—La comida es a las ocho; hay tiempo. No son aún las siete y media.

—¡Bah!, si lo llego a saber no me apresuro tanto; ¡tenía tanto miedo de llegar tarde!...

—¡Y yo me alegro de que se haya usted dado prisa! Así podré hablar con usted un instante.

—¡Media hora, por lo menos! —dijo ella, riendo—. Aquí nadie se adelanta nunca. Ni los invitados, ni los de casa.

—A propósito de invitados, cuénteme quien va a comer con nosotros. Su abuela me ha dicho: «Comerá usted con amigos suyos...» Pero no creo tener aun por aquí muchos amigos después de haber estado doce años ausente de esta tierra. El vecindario se habrá renovado probablemente.

—No tanto. Veamos. Va usted a comer con los Tourville...

—¿Los Tourville? ¿Viven todavía?

—Los que van a comer con usted, si señor... Sus padres son los que han muerto.

—¡Ya, ya!... ¿De modo que Tourville hijo se casó?

—Hace dos años.

—Era feo. ¿Se ha casado bien?

—Según y cómo. Se ha casado con la señorita Chaillot, una señorita de la Bolsa.

—¿Cómo? ¿Una señorita de la Bolsa?

—Sí; el padre trabaja en la Bolsa. Creo que es muy rico, muy rico.

—¿Será Chaillot, el banquero?

—Quizás; no lo he preguntado nunca. Han restaurado Tourville; está espléndido. Ahora reciben en todo tiempo.

—¿Es bonita la señora de Tourville?

—Luego la verá usted; es muy amable y dicen que muy inteligente. Yo no lo he notado.

Y como el señor de Clagny sonriese, añadió vivamente:

—Porque la conozco muy poco...

El conde preguntó:

—Y con los Tourville, ¿quién más?

—El señor de Bernés.

—¿El joven Huberto, el dragón?

—El mismo.

—Es hijo de buenos amigos míos. Y muy buen chico.

¿No le parece a usted?

—¿Qué?...

—Que Huberto de Bernés es simpático.

—¡Oh, le conozco tan poco! Me ha parecido, ¿cómo diría?... incoloro. Sí, incoloro.

Probablemente porque usted le intimida. Me lo explico.

—¿Le intimida a usted quizás? —dijo la joven riendo.

—¡Mucho! —respondió muy serio el señor de Clagny.

—¿Es posible? —exclamó asombrada.

—Muy posible; y no tiene nada de particular que, puesto que intimida a viejos como yo, intimide también al pequeño Huberto.

—¡El pequeño Huberto!..., ¡y tiene seis pies!

—Sí, pero no tiene más que veintiséis años, y para mí siempre será el pequeño. En fin, convengamos, por lo menos, en que es guapo.

—No lo sé.

—¿Irá usted a decirme que no le ha mirado?

—Le he mirado; pero en lo concerniente al señor de Bernés soy mal juez.

—¿Por qué?

—Porque detesto a los jovencitos.

—A los veintiséis años no se es ya tan jovencito.

—Es posible. Pero esa edad no existe para mí.

—¡Bah!..., ¿a qué edad se empieza a existir para usted?

Ella se echó a reír:

—¡Muy tarde!

Luego, cambiando de tono:

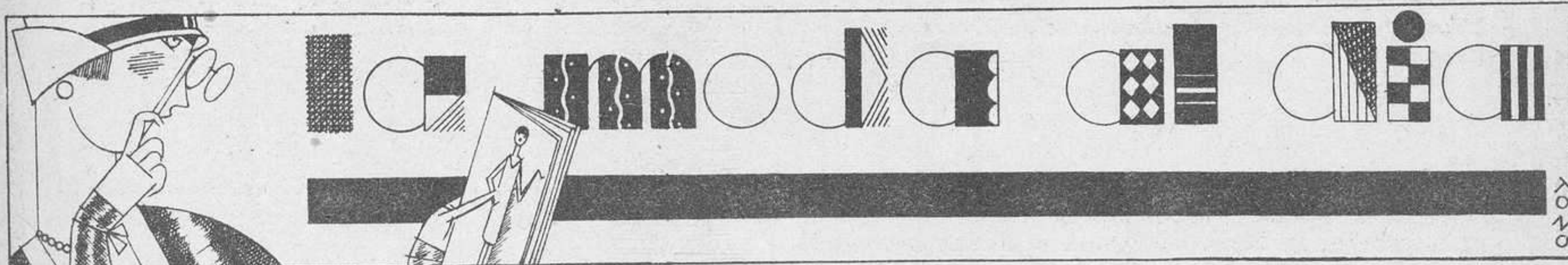
(Continuará en el número próximo.)





PIELES MAX

Hermoso abrigo de «vison», obra maestra de labor y de elegancia. La disposición de las listas forma, en la espalda, un ancho canesú, y, sobre los hombros, el vuelo aparece más tupido. El abrigo va ceñido al cuerpo merced a un cinturón interior.



Sección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

Crónica



ALLARÉIS hoy, en estas páginas, una serie de retratos de bellas desposadas, y quizá os interese este tema. En efecto, advierto que la mayor parte de las cartas que recibo de mis amables lectoras, se refieren al gran día de la ceremonia nupcial. Son innumerables los consejos que se me piden respecto al traje de la desposada y al de las damas de honor (1).

(1) Las damas de honor, en los cortejos nupciales, apenas han hecho su aparición en España; pero son una costumbre generalizada en muchos países extranjeros, principalmente Francia e Inglate-

En estos días, se han celebrado en París varias bodas del gran mundo, y he observado que el *crepe-satin* sigue siendo el tejido predilecto para los trajes nupciales. Se ha intentado sustituirlo con el *lamé* de plata; pero la idea no me parece muy feliz; en primer lugar, es bastante difícil de hallar un *tisú* de plata que sea lo bastante flexible para no formar pliegues rígidos; en segundo lugar, su brillo, frío y duro, favorece poco a la cara a la luz del día. Todo lo encanta-

rra; de éste último, es la graciosa tradición, hoy ya implantada en Francia también, de vestir las a todas igual.



CHARLOTTE

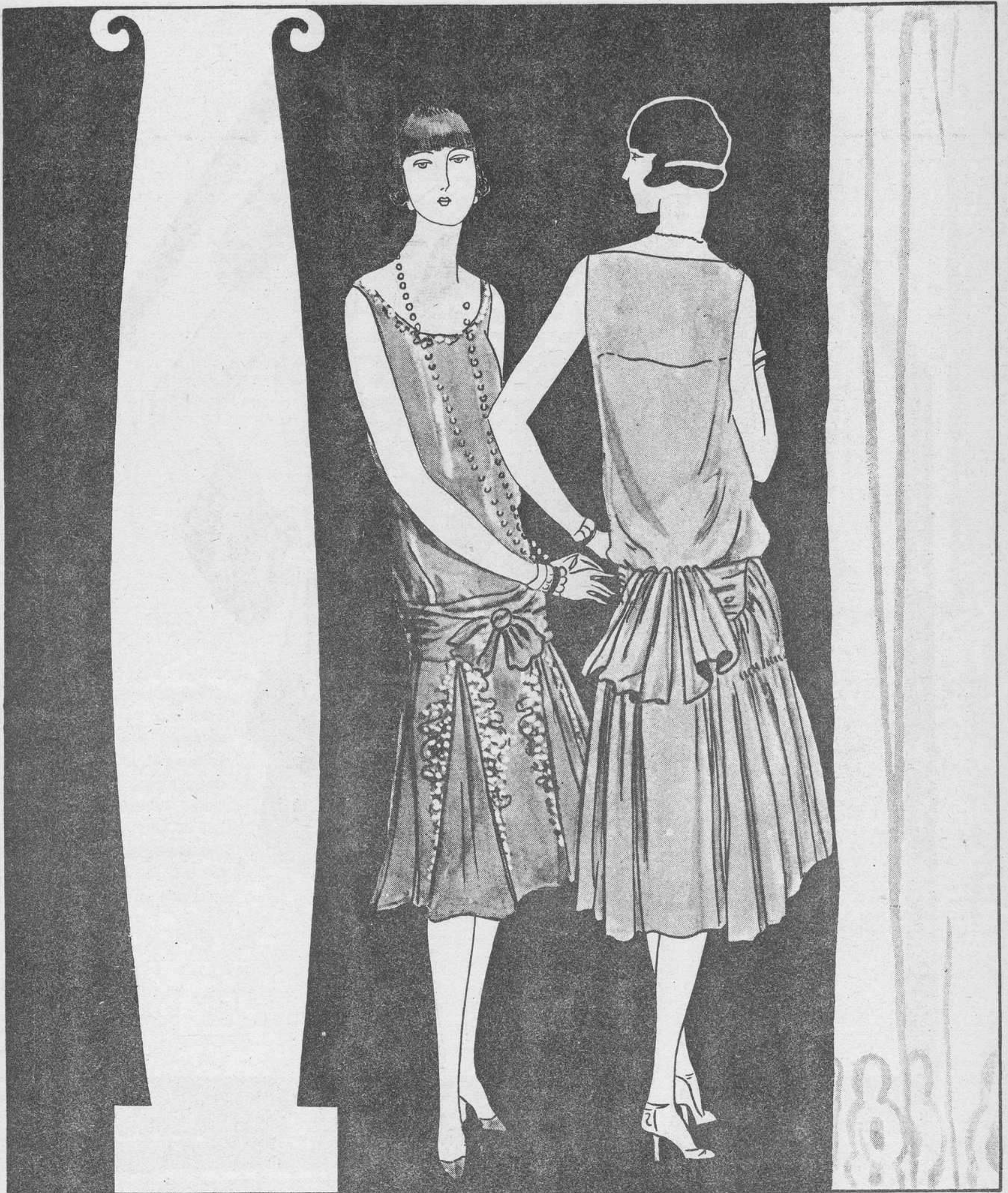
Lindo vestido de muchacha, de raso rosa. Dos canelones falsos, subrayados por un bordado de perlas y cristal, ensanchan la falda. Un estrecho bordado de perlas, rodea el escote. La cintura va anudada por delante.

CHARLOTTE

Muy gracioso resulta el movimiento del vuelo por detrás, tal como lo entiende «Charlotte», en este vestido de muselina de seda blanca, que tiene por delante el talle bastante alto y, por detrás, la falda fruncida sobre una ancha faja de seda.

dor que puede ser, a la luz artificial, un traje de noche, de lamé de plata, puede resultar «desagradecido» a la claridad de un día otoñal. Las muchachas que son bastante rubias y sonrosadas para osar una prueba tan difícil, suelen elegir una hechura muy sencilla, sin adorno alguno. Bien es verdad que, sobre este fondo deslumbrante, el velo de encaje se destaca admirablemente, con más ventaja que sobre el crepe-satin.

La fulgurante ha tenido, en un tiempo, numerosas preferencias, pues es casi tan brillante como el lamé, y su tono es



NICOLE GROULT

Los preciosos modelos de «Nicole Groult», que demuestran la afición que siente esta temporada por el terciopelo. El primero es una larga levita de terciopelo azul oscuro, sobre un viso azul claro. La manga va abierta sobre un «crevé» igual al viso.

NICOLE GROULT

El segundo modelo, es un lindo vestido de crepón de China rosa, bordado en negro y blanco. El zócalo es de terciopelo negro y forma canelones. El escote, redondo, lleva a un lado una lazada de cinta de terciopelo negro, con una larga caída. Las mangas, muy ceñidas, van ribeteadas de terciopelo negro.

más bonito; pero no se pliega fácilmente y sólo permite las hechuras rectas. En cuanto a la muselina de seda, muchas madres de desposadas encuentran que no tiene un aspecto serio; confieso que no me explico este reproche; el que yo le hago a la muselina, es de orden bien distinto: bajo el velo de tul o de encaje, resulta demasiado complicada, abulta mucho. Para favorecerse lo más posible, la novia debe, ante todo, cuidarse de la línea y aparecer muy sencilla e impecable en estas galas que ensanchan fácilmente la silueta. *Vionnet* ha creado algu-



JEAN PATOU

El color Corinto, que es un violeta rojo algo oscuro, es el predilecto de «Patou». De estos dos modelos creados por él, el de la izquierda es un vestido de «crepe satin» liso y «crepe satin» mate. Esta combinación da una línea a la vez muy elegante y de una gran sobriedad.

JEAN PATOU

El abrigo con canelones falsos es, decididamente, la prenda del día. Este modelo es de «drapella» color «belge» y va subrayado por un zócalo de «renard» gris. Cruza mucho por delante y cierra a un lado.

nos preciosos trajes de desposada, de terciopelo blanco; recuerdo la encantadora aparición de una novia con traje de terciopelo blanco, ribeteado de armiño y con un cuello igualmente ribeteado de armiño. El resultado era muy bello, si bien algo teatral, y creo que conviene evitar también este defecto; la *panne*, actualmente muy en boga, me parece muy nueva y muy grata de llevar; he visto, hechos en este tejido, algunos lindísimos trajes de novia, preparados para estos días próximos.

Pero nada como el *crepe-satin*; tiene bellos matices de marfil, y se presta a todas las formas que quieran darle. Es sumamente favorecedor; no endurece un ros-

tro empalidecido por la emoción, y, como posee toda la gama de blancos, desde el blanco yeso hasta el blanco marfil, conviene a todas las carnaciones. Este es un punto importantísimo, y ya sabéis que todos los matices de blanco no favorecen lo mismo: el blanco de nieve se suele reservar a las rubias y el blanco marfil a las morenas; ahora que todas las reglas tienen sus excepciones. Hay rubias de tez dorada, y morenas de piel muy blanca; es, pues, preciso elegir minuciosamente el tono de blanco del traje y no dejar nada al azar en un día en que importa tanto estar bonita.

Parece que vamos renunciando ya a la hechura clási-



GOUPY

Un encantador modelito de «Goupy», propio para el teatro de las funciones de teatro de poco cumplido. Se compone de una falda de terciopelo castaño, con canelones, y una «casaque» de «lamé» de oro. La unión de esta forma sencilla y este tejido suntuoso ofrece un gran interés.



ca, que consiste en el recogido a un lado, con una azucena o un ramo de azahar. Todas las novias que he visto últimamente llevaban vestidos de forma «princesa», ensanchados en su parte inferior con unos canelones, o, mejor aún, vestidos que tenían el vuelo colocado por delante; salía de una cintura de fina orfebrería, o de perlas y cristal; este último estilo da —detalle interesantísimo— una gracia insuperable a los andares.

Se llevan muy pocas flores en el vestido, reservándose las azucenas y el azahar para la diadema. Últimamente, causó profunda sensación una novia que llevaba un traje de *crepe Georgette* enteramente bordado de cristal y de *strass*; por mi parte, confieso que este vestido me ha parecido excesivamente suntuoso, demasiado «traje de noche» para una ceremonia nupcial; lo mismo digo del velo ribeteado con encaje de plata, que se coloca a veces sobre un vestido de muselina de seda.

¿Por qué quitarle a ese día su gentil carácter de tradicionalismo? ¡Es tan fácil seguir la moda sin provocar un movimiento de sorpresa!

Me parece que el velo se lleva cada vez más, plegado bajo la barbilla, sobre todo cuando es de tul. Con el velo de encaje, no siempre resultan fáciles de hacer las fantasías, y acaso lo mejor es colocarlo sencillamente sobre la frente, debajo del *bandeau*; éste resulta indispensable con el pelo corto, y por eso llevan diadema, aun muchachas de rostro excesivamente primaveral para un tocado tan solemne. La diadema, solamente conviene a las caras alargadas y de facciones correctas; hoy se hacen diademas encantadoras de capullos de azahar, otras bordadas de perlas y de cristal. Para las caras redondas y graciosamente irregularcillas, prefiero el *bandeau* recto, adornado, detrás de la oreja, con un gran ramo de azucenas. Ninguno de estos tocados es incompatible con el velo que pasa por debajo de la barbilla; pero es evidente que este velo debe hacerse en dos piezas para que no abulte demasiado. Son ahora numerosas las novias que, siguiendo la moda americana, llevan un ramo de flores al entrar en la iglesia; he visto otras que llevaban un *bibelot* encantador: un librito de misa de ante blanco, que tenía en el interior de la tapa un pequeño monedero y una tirita para meter el pañuelo; te-



PREMET

Este vestido de «Premet», no es todo lo sencillo que parece, pues su corte es, en realidad, de una gran maestría. Es de «*charmelaine*» color «beige», muy liso por delante y con mucho vuelo a un lado. El cuellecito, recto, va anudado por una cinta de terciopelo castaño.

GOUPY

He aquí una nueva manifestación del principio de «Goupy»: hechura sencilla y tejido fastuoso. Este vestido recto, al que un grupo de frunces da algo de vuelo por delante, es de encaje de oro sobre un viso rosa apagado. Va adornado, en el bajo, por un bordado de perlas rosas y rojas y de «*strass*», que forma también el cinturón.





LUCIEN LELONG

Además de la mongolia desrizada, la piel, actualmente más en boga para adornos de vestido, es la de «moufflon». Este modelo de «Lucien Lelong», que ha obtenido un gran éxito, es de crespón de China «beige», adornado con cintas de terciopelo color castaño y piel de «moufflon».

PHILIPPE ET GASTON

Vestido encantador, de una tonalidad sumamente imprevista. Es de crespón de China gris con un cuello y botoncitos color rosa. La manga, que se ensancha desde el codo, va plisada, así como la parte inferior de los «panneaux». El cinturón es de cuero rosa.

nía las iniciales en una esquina, bordadas en diamantes.

Desde hace algún tiempo, no mucho, se ha implantado aquí la moda de que todas las damas de honor vayan vestidas del mismo modo. ¡Cuánto más favorecedor y elegante es, que aquella de los colores disparatados que se perjudicaban unos a otros! Lo difícil, en esta nueva costumbre, es el momento de elegir el color. ¿Cómo hallar el que ha de convenirles a todas las damas de honor? Me parece que el mejor medio de resolver el problema es el de reunir las a todas en torno a unas tazas de té y dejarlas que saquen entre ellas, a votación, el color y la hechura. Estos últimos días, he visto algunas variaciones sobre el mismo tema: los trajes eran

iguales, pero había dos de color rosa y dos azules; o formaban un efecto degradado, yendo del malva pálido al *cyclamen*. En un lindo cortejo, las damas de honor llevaban trajes de terciopelo rosa, ribeteados con *renard* rosa y anchas «capelinas» de terciopelo, del mismo color. El efecto era precioso. Hubo un tiempo en que los trajes de *style* gozaban de un gran favor en las ceremonias nupciales. Hoy han pasado de moda por completo, salvo para las muchachitas muy jóvenes, para quienes *Lanvin* hace lindísimos trajes «de infantas», de *tisú* de plata, con gorritos de encaje metálico.

MARTINE RÉNIER.



EL ARTE EN LA CASA

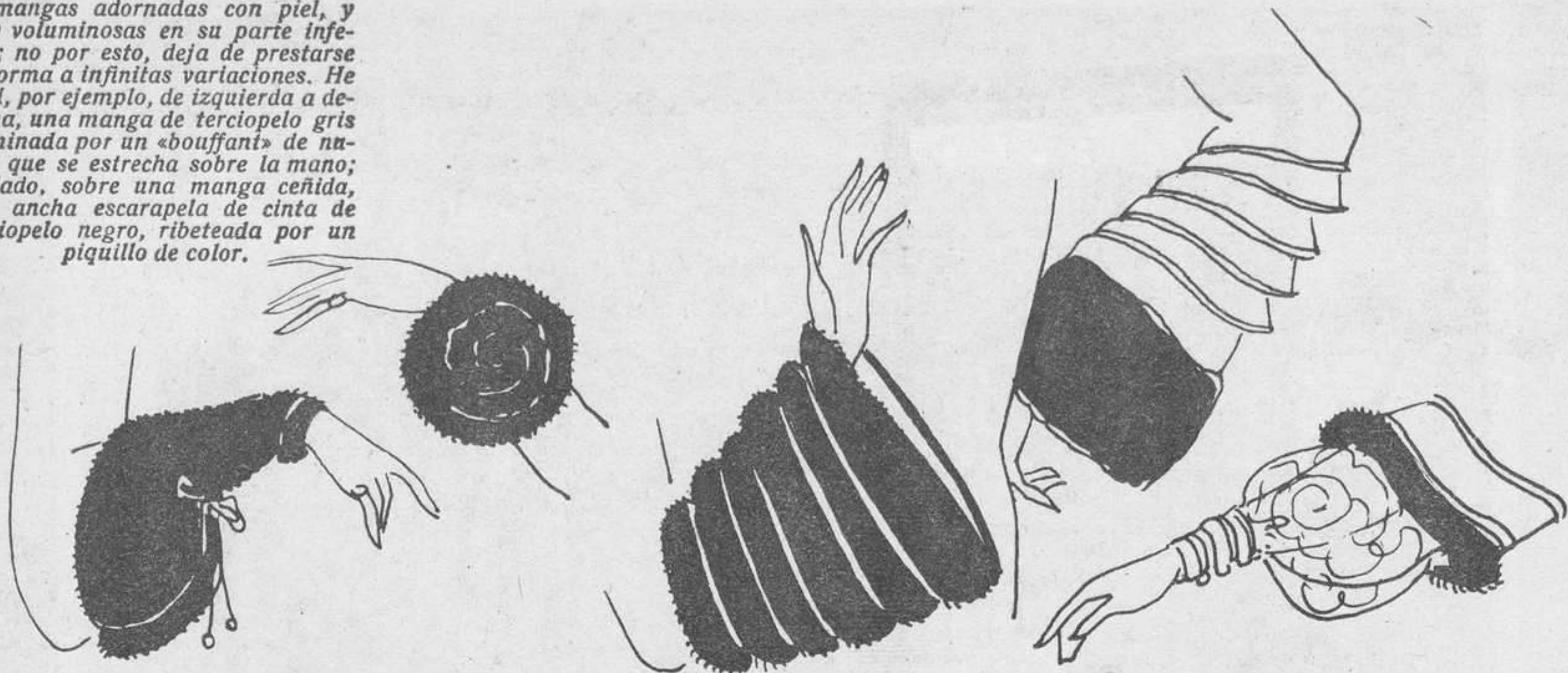
Es digna de señalarse con interés, la importancia que toma el hierro forjado en nuestras habitaciones modernas. Esta materia algo tosca, y sus dibujos variados, convienen por igual al estilo antiguo y al moderno. He aquí una puerta de hierro forjado, colocada entre dos bibliotecas; una de ellas, es más bien un saloncito de descanso, de estilo inglés.

(Foto. LIPNITZKI).

Es quizá más original aún que la que antecede, la idea de este dibujo ejecutado por el artista forjador, siguiendo el paso que va del salón grande al saloncito. En la parte inferior, a ambos lados, las rejas avanzan como para reducir, en cierto modo, la apertura. El dibujo, copiado de lo antiguo, pero simplificado, es sumamente airoso.

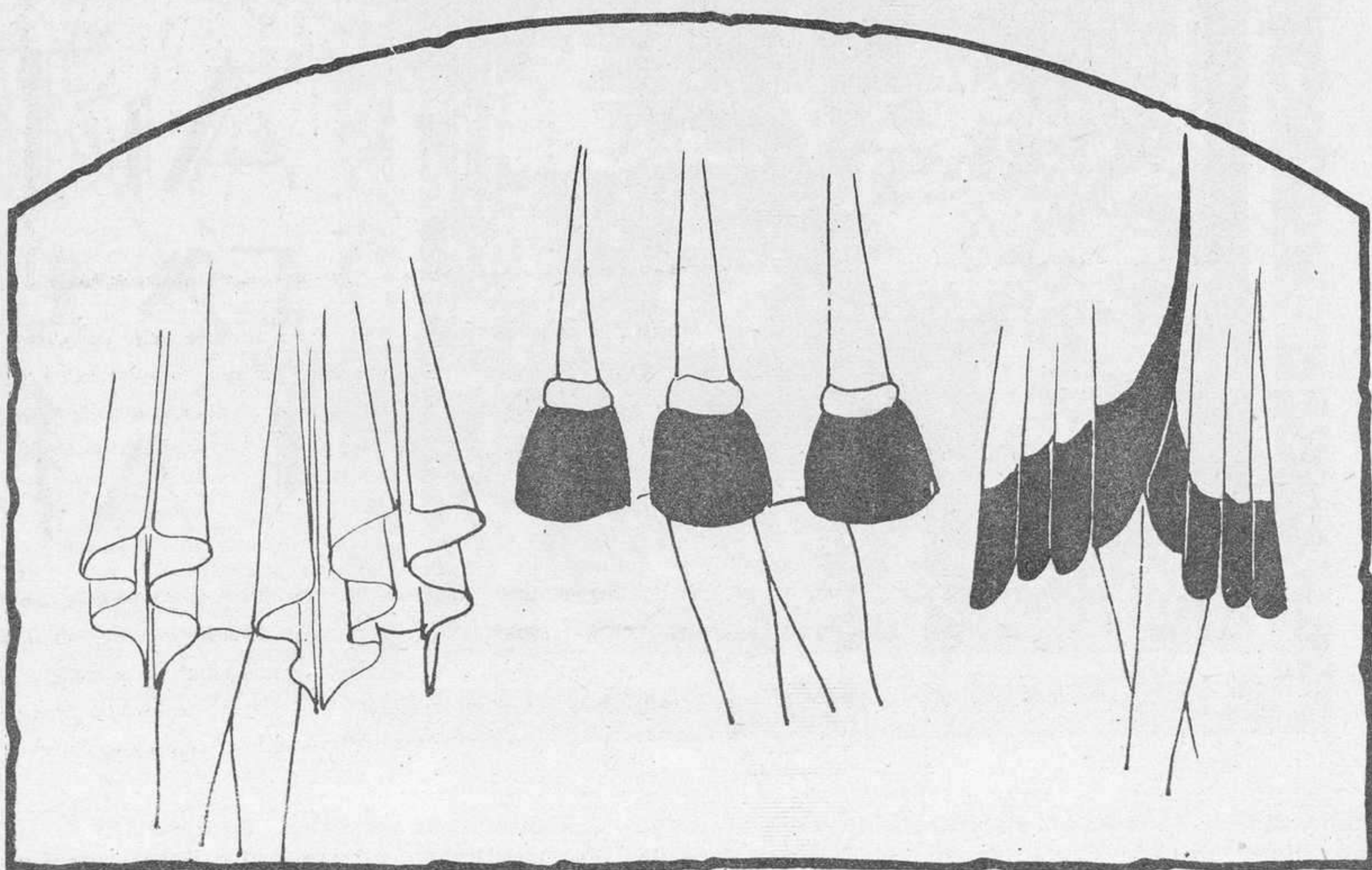
(Foto. LIPNITZKI)

Este invierno, se hacen mucho las mangas adornadas con piel, y muy voluminosas en su parte inferior; no por esto, deja de prestarse su forma a infinitas variaciones. He aquí, por ejemplo, de izquierda a derecha, una manga de terciopelo gris terminada por un «bouffant» de nutria que se estrecha sobre la mano; al lado, sobre una manga ceñida, una ancha escarapela de cinta de terciopelo negro, ribeteada por un piquillo de color.



A continuación de los modelos anteriores, y desde el centro hacia la derecha, aparecen: una manga de abrigo, de «drapella», adornada hasta el codo con tiras de «renardeau»; otra manga de «drapella», formada por volantes ligeramente «en forma» y con un zócalo de nutria, y una manga ancha, ribeteada de «skungs», de la que sale un «bouffant» de encaje.

Detalles



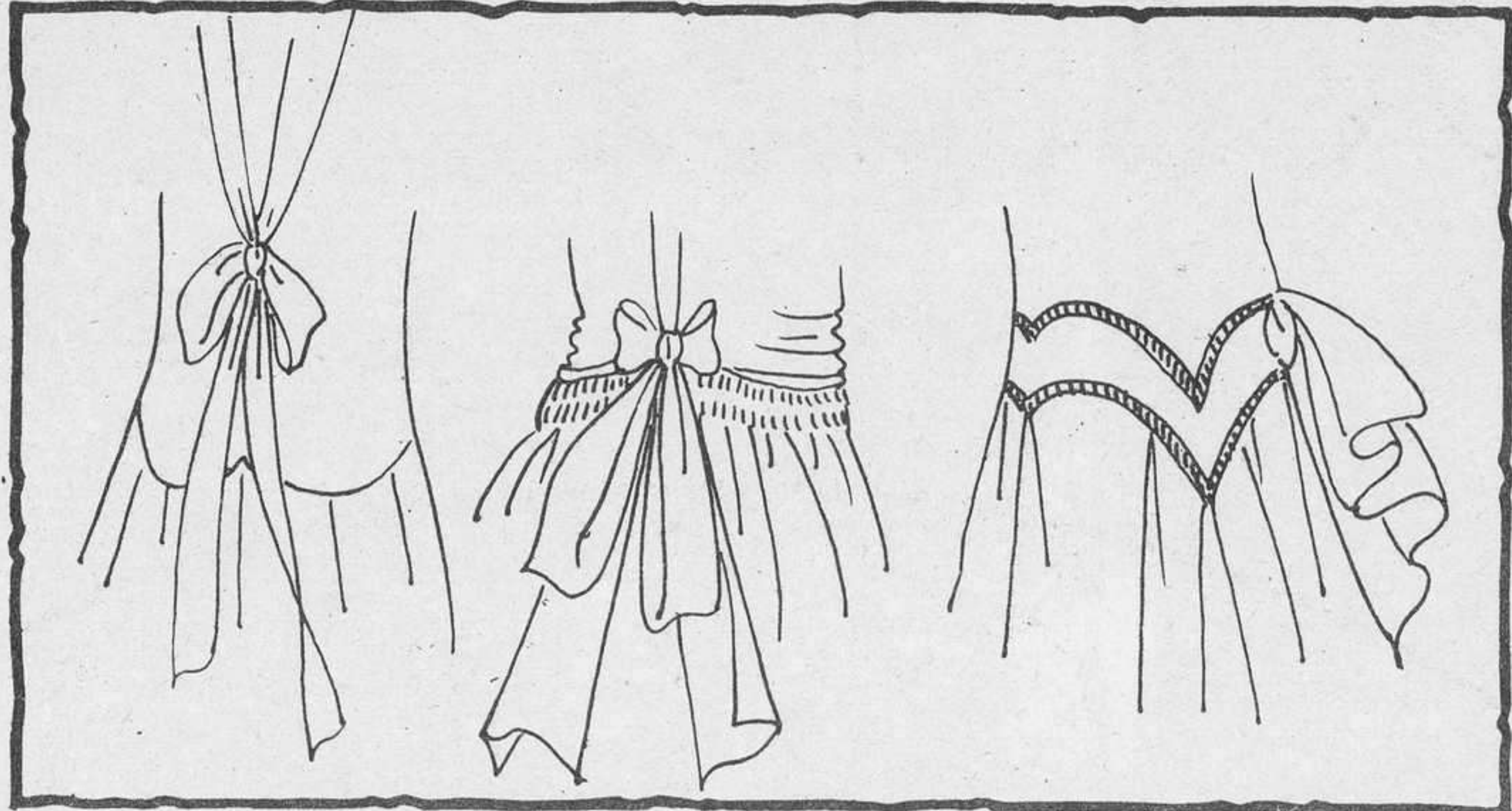
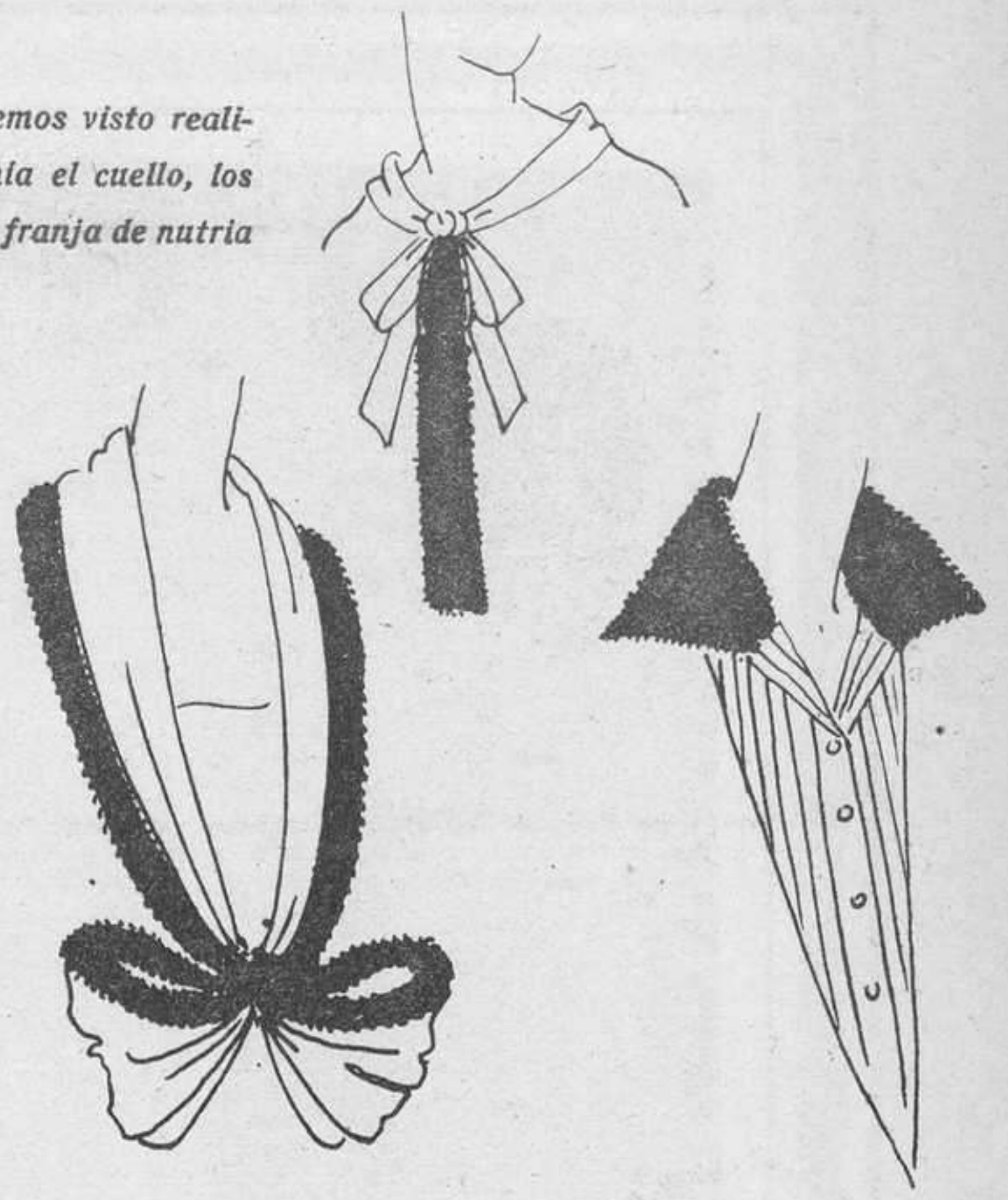
En la parte inferior de la página, vemos tres maneras distintas de repartir el vuelo y de terminar un vestido. El primero de estos vestidos, es de muselina de seda, y va ensanchado por unas tablas «en forma», que son una de las mayores novedades de la temporada. Estas tablas son, en realidad, canelones planchados, de una graciosa flexibilidad, pero resultan bastante difíciles de confeccionar.

También aparece la piel en las dos faldas siguientes: en una, ribetea los tres falsos canelones, y se ensancha hacia abajo; en la otra, forma un gracioso movimiento que cruza en el centro de la falda, plisada a anchas tablas, y remonta, afinándose, hasta la cintura. Es una idea encantadora que también se puede realizar con terciopelo.



Otra idea bonita para utilizar algunos adornos de nutria: la hemos visto realizada en un traje de «charmeline», vino de Burdeos, que tenía el cuello, los puños y el bolsillo, adornados con jaretones «gansés», y con una franja de nutria teñida.

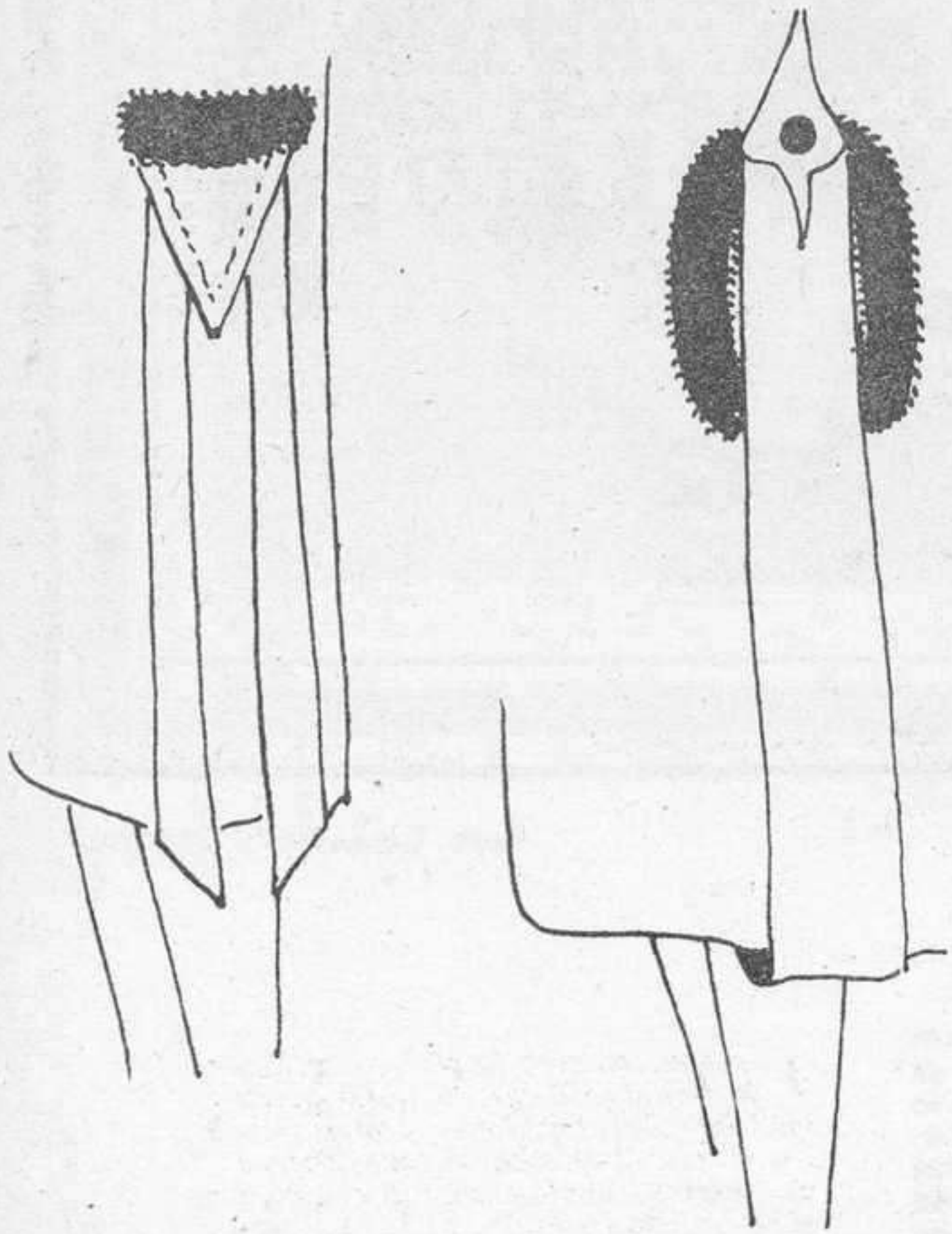
Algunos cuellos graciosos: el «fichu», de vuela de seda blanca, bordeado de nutria, ponía una grata nota clara en un vestido de terciopelo. En el centro, arriba, una corbata, en la que va entremezclada una tira de topo gris oscuro, constituye por sí sola una notita original; un cuello de piel de conejo, completa un chaleco de «crepe Georgette» plisado.



Hallamos aquí varias ideas nuevas para pegar una falda fruncida a un cuerpo liso, cosa que no siempre es tan fácil como puede parecer. Por ejemplo, en un traje de terciopelo gris, los canelones de la falda se pegarán muy fácilmente a un cuerpo bastante largo, que forma en la cintura unos picos, subrayados por un cordoncillo cubierto de terciopelo.

En el modelo del centro, el cuerpo, formando ligeros pliegues horizontales, se ciñe al busto; en cambio, la falda está muy fruncida alrededor del talle, sobre todo por detrás; esto es principalmente factible en «crepe satin». En el tercer modelo, aparece la doble cintura que nos acostumbra al talle alto; se compone de dos tiras de minúsculos plieguitos atravesados que forman una especie de galón.

A la izquierda, aparecen unos apuntes de bolsillos, vistos en unos abrigos muy nuevos; el primero, de «drapella» color «beige», llevaba un bolsillo en pico, respunteado y bordeado de una franja de «civette»; en la parte inferior, dos tablas muy profundas, cortadas al biés, y que se ensanchan algo al andar, forman un «panneau» postizo, más largo que la prenda.



Dos «panneaux», forrados de raso negro, adornan a los lados un abrigo de terciopelo «violine». Estos «panneaux» sueltos, pasan sobre unos adornos de «skungs» en forma de medallones, y se fijan a la altura de la cadera con un grueso botón de concha. Este botón va colocado sobre una trabillita, listada de respuntes, de una forma muy original.



FOTO. LAURE ALBIN GUILLOT

MARTIAL ET ARMAND

La nueva línea aparece en este abrigo de «sport». En la parte de detrás, unas tablas, cosidas hasta la cintura, van luego sueltas hasta abajo, dando así el vuelo que subraya un zócalo de piel. En la cintura, una bolsa cuadrada, de cuero azul, que se abre por «quartiers», deja entrever todos los útiles necesarios para la belleza de una mujer elegante.

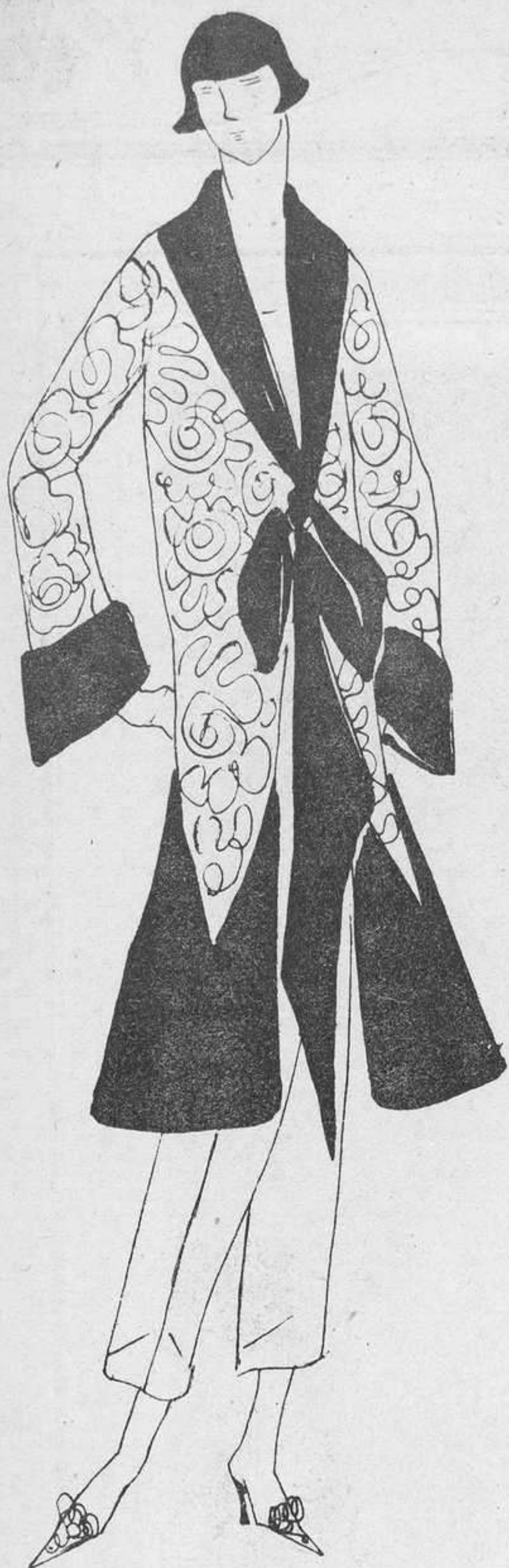


FOTO. LAURE ALBIN GUILLOT

JEANNE LANVIN

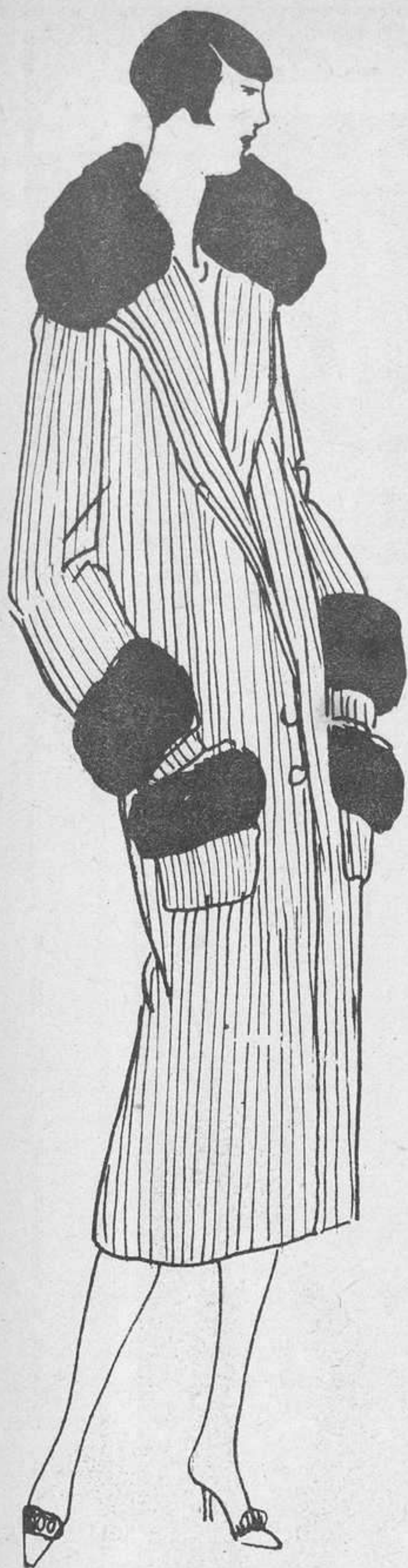
¿No es cierto que un vestido de plata resulta de una gran novedad, cuando se lleva como traje de tarde? «Lanvin» ha colocado esta túnica sobre un «fourreau» de «crepe satin» negro. La cintura, negra, va bordada en plata. Las mangas son amplias, alto el cuello por detrás, y los «panneaux» redondeados tienen una gracia insuperable.

Pijamas y



A lucha prosigue, y debo decir lealmente que el pijama gana terreno. Parece que el *deshabillé* forma parte de toda una era de elegancias pretéritas. Evoca las mangas perdidas, de muselina de seda, los efectos de *echarpes*, las colas; cosas, todas ellas, demasiado complicadas y embarazosas para nuestra época de movimientos precisos y de *allures* impecables. Además, el pijama se ha feminizado hábilmente. ¡Oh! Es cierto que sigue teniendo un pantalón, pero éste se hace en un tejido precioso, raso, crespón de China o *lamé*, y va oculto hasta la rodilla por una levita de terciopelo o de raso guateado, que le quita toda su rudeza. ¿Cómo han de parecernos masculinos unos pantalones de *panne* rosa, llevados con una amplia blusa de raso rosa, bordada en plata, o con una levita de *lamé* de plata, respunteada de rosa? Si los tejidos son valiosos, y complicados los bordados, la hechura sigue siendo sobria; se han abandonado los amplios pantalones de odalisca, así como los pantalones ceñidos a los tobillos, que gozaron, el invierno pasado, de una boga efímera. La piel ha reemplazado al marabú, demasiado frágil, en los *deshabillés* y levitas de casa. Las pieles de liebre y de conejo se tiñen en todos los matices que se quiera, y su coste es moderado. Se hacen mucho también los zócalos consistentes en gruesas *ruches* de cinta, así como en *bouillonnés*, que son incluso de *lamé* de oro o de plata.

"Deshabillés"



El primer pijama que aparece en la página de la izquierda, es de raso verde, con una blusa corta, anudada con una cintura negra. Los pantalones van vueltos en su parte inferior. La prenda que cubre este traje está guateada de raso verde, respunteado de negro y adornado de terciopelo negro, que se ensancha hacia abajo. Lleva una ancha corbata de terciopelo en el escote.



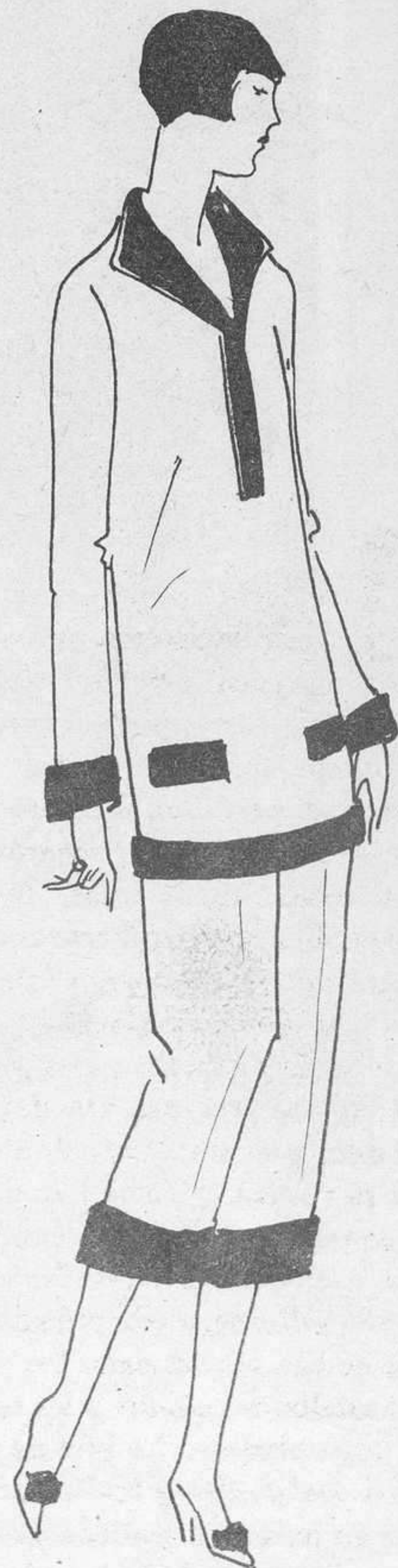
También es de terciopelo negro, pues este tejido es de un efecto lindísimo, el pijama que ocupa el centro de la página de la izquierda; la túnica, cortada «en forma», es de terciopelo inglés, mucho menos frágil que el terciopelo de seda. Los pantalones son de «crepe satin» blanco, y la ancha faja es de raso blanco con grandes dibujos negros estampados. El mismo tejido adorna el cuello y los puños.

El tercer modelo de la página de la izquierda es una «robe d'interieur», que muchas mujeres quieren conservar y que ofrece, actualmente, la característica, de que se ha vuelto tan corta como los trajes de calle. Es de terciopelo blanco, labrado con un ancho bordado negro, y lleva un alto zócalo de nutria. El cuello y el jaretón que termina las mangas cortas, pueden hacerse de nutria o de terciopelo.

Arriba, en esta misma página, he aquí el «salto de cama» clásico, que poseen todas las mujeres. Es fácil de hacer en casa, sin embargo de lo cual resulta coquetón, si se elige una bonita franela listada, de un color agradable. Gracias al socorrido conejo, los bolsillos y los puños de piel son un detalle «confortable» sin ser demasiado costoso.



Pijama de franela en dos colores, sencillo, pero no desprovisto de elegancia. Es de franela rosa y los adornos son de franela color de nutria. En un equipo que vi últimamente, aparecía este mismo modelo, reproducido en amarillo y negro, en azul claro y azul oscuro, en verde y negro, y en blanco y naranja. Conviene principalmente a las mujeres muy jóvenes y muy esbeltas.





N O V I A S

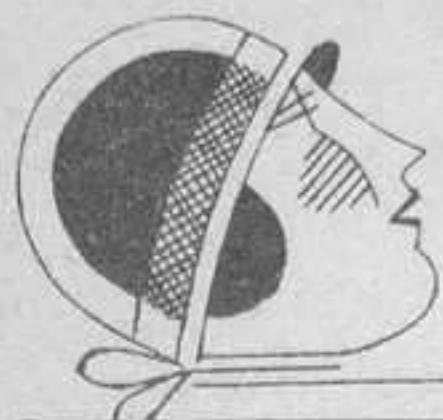
Este precioso vestido de desposada, de una gran sencillez, creado por «Jean Patou», es de «crepe satin» y tiene una línea recta e impecable, solamente interrumpida por un volante «en forma» muy ondulante. El largo collar, formado por un galón bordado de cristal y perlas, va remado por un pesado borlón de cristal. Un volante «en forma», que cubre la mano, alarga las mangas, ya muy largas de por sí. En el conjunto y en el velo colocado «a la Vierge», se advierte un decidido propósito de sencillez que no carece de elegancia.



La novia que aparece arriba, en esta página, está vestida de plata. El traje, muy sencillo de forma, era de «lamé» de plata sin adorno alguno. La diadema, subrayada por una hilera de capullos de azahar, estaba bordada con cuentecitas de plata. El velo iba colocado bastante hacia atrás.

Retrato de Mademoiselle Brandt, hija del gran artista forjador, autor de la puerta de la Exposición de Artes Decorativas y de tantas otras obras maestras. Mademoiselle Brandt, que se ha casado con Monsieur Pierre Renaud, vestía un traje de «crepe satin», con un adorno de azucenas.





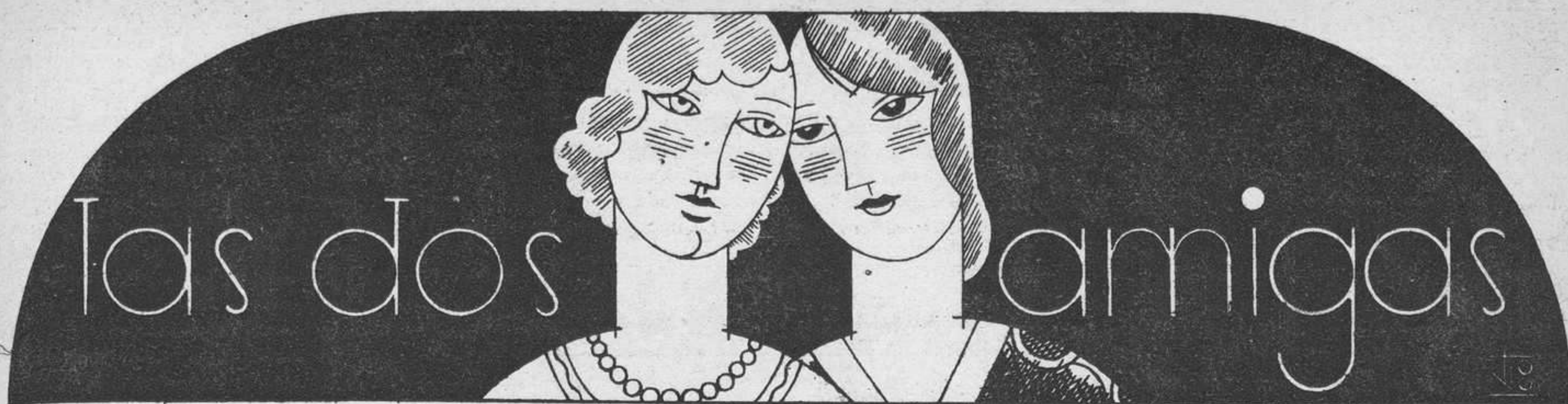
Detalle del tocado de Mademoiselle Brandt. Un «bandeau» de raso rodea la frente y sujeta hacia atrás dos gruesas azucenas. El velo cubre apenas la cabeza. Este mismo velo va «drapé», por debajo de la barbilla, y forma una cola muy amplia y muy larga.



Diadema de perlas, terminada con capullos de azahar. El velo va colocado bastante hacia atrás. Otro velo pasa por debajo de la barbilla formando un «drape» de inspiración medieval. Esta manera de llevar el velo está actualmente muy en boga, pero resulta bastante molesta.

He aquí la desposada de estilo clásico. El traje, de «crepe satin», va ligeramente recogido a un lado con un adorno de azucenas. Los encajes antiguos —recuerdos de familia— se han utilizado hábilmente para formar un «bandeau» debajo de la barbilla, y cubrir a medias el inmenso velo de tul.

(Fotos. LAURE ALBIN GUILLOT.)



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—¡Qué sola me voy a encontrar cuando te hayas marchado!
La heredera, emocionada, volvió los lindos ojos claros, llenos de afecto, hacia su amiga:

—¡Qué buena eres! Gracias. Unos cuantos meses pasan pronto. Te escribiré con frecuencia.

Odette pertenecía a la raza eternamente engañada de la gente confiada, sensible, generosa, que cree en las palabras de los demás. Semejantes personas no sospechan las villanías, las mezquindades, las envidias, y empiezan por juzgar sin desconfianza alguna, benévolutamente, a todo el mundo. Odette poseía esa especie de elegancia de sentimientos, propia de las almas elevadas.

Deseosa de participar su dicha, dijo:

—Desde el último día que nos vimos, ha tenido lugar un gran acontecimiento, Clarita.

Clara alzó vivamente los ojos.

—El señor de Ansauvillers ha pedido mi mano.

—¿Y qué has contestado?...

—¡Que sí! Ya somos novios oficiales. No quería participártelo por escrito. Quería decírtelo yo misma de palabra. Eres la primer persona a quien se lo digo.

Clara contestó:

—¡Mi enhorabuena más completa!

Comprendió que su voz estaba falta de efusión, y añadió con vehemencia:

—¡Odette! ¡Querida Odette!

Y luego, avanzando el rostro, con los ojos investigadores, queriendo leer en los de su amiga, añadió:

—¿Te gusta?

—¿Qué pregunta!

—¡Como no me dijiste nada el otro día, cuando te hablé de él!

—No sabía aún si me casaría o no, te repito que acaba de pedir mi mano. Creía verte aquel mismo día. Por eso has tardado algo en saberlo.

—¿Estabas en casa cuando él fué a pedir tu mano?

—Estaba en mi cuarto.

—Confiesa que sospechabas algo.

—¡Toma! Ya no era la primera vez que llegaba un joven a visitar a mis padres para hacer su petición oficial. ¡Ya empiezo a conocer el protocolo!

Clara observó con una cierta amarga brusquedad de muchacha poco favorecida:

—¡Sí, ya sé! ¡Catorce veces!

—¿Por qué dices eso? ¡Parece que estás enfadada!

—Me acabas de participar al mismo tiempo que te marchas a Menton y que te casas. ¡Te pierdo por duplicado, y la segunda vez, por completo! ¡Y quieres que esté contenta!

—¡Celosa! ¡Celosa de mi cariño! —exclamó tiernamente Odette.

—¡Nada más hermoso que la mirada que en aquel momento dirigía a Clara!

La señora Angerolle entraba.

Todos los rostros, durante un segundo, volviéronse hacia ella. Las mujeres, sin interrumpir su charla, de una ojeada de arriba a abajo se hicieron cargo de todo lo que llevaba la señora Angerolle.

—¡Mamá! Participaba a Clarita mi noviazgo y nuestro viaje. ¡Pobre Clarita! ¡Voy a separarme de ella!

La señora Angerolle no quiso tomar el te. No tenían tiempo. Bebió una copa de Oporto y dió prisa a las dos jóvenes.

—Hemos de ir a encargar las camas para Menton. ¡El tren de la Costa Azul va siempre lleno!

—Pero, mamá, ¡si aún no hemos alquilado el hotelito!

—Si esperas tener casa para comprometer las camas..., ¡estaremos aquí todavía quince días más! Tu padre marcha esta noche. Pasado mañana habrá tomado casa. Nos pondrá un telegrama y en seguida tomaremos el tren.

Clara las escuchaba ¡Esas son sus preocupaciones, las preocupaciones de la gente rica, de la gente feliz! ¡Viajar, alquilar hotelitos! Pueden satisfacer sus caprichos, obrar a su antojo sin que les detengan las preocupaciones de dinero. Su quebradero de cabeza de más importancia es el orden de sus diversiones. Se preocupan por saber cuál debe ocupar el primer lugar.

La señora Angerolle pagó el gasto. Las tres mujeres subieron al coche.

—¡A la Agencia Duchemin! —dijo Odette.

Una gota de lluvia, y otra después, chocaron contra los cristales del coche. Llovía.

Tuvieron que atravesar precipitadamente la acera para entrar en el despacho de Duchemin.

La señora Angerolle pidió dos plazas. Vacilaba entre las camas y el *lit-salón*.

—Tomemos la alcoba-salón, mamá; iremos mejor.

—Van tres personas —observó el empleado.

—Bueno, tomaremos el *lit-salón*. Pero desearía viajar con otra señora.

La señora Angerolle se enteró del precio de las plazas que encargaba, de las horas de salida y llegada, dió sus señas, el número de maletas y de bultos y firmó la hoja que le presentaron.

Clara iba y venía. Hojeó los folletos depositados, por paquetes, al alcance de los clientes.

En las cubiertas de aquellos folletos veíanse paisajes de todas las comarcas; Argelia con una palmera, un *marabut* blanco y un camello; Túnez, con una mezquita; la Riviera, con las rocas rojizas de Agay, los olivos, y el mar de un azul intenso; Niza y su casino, y los lagos de Escocia; Suiza con una patinadora vestida de blanco...

Esos folletos contenían el horario de los trenes, los precios, señas de hoteles, vistas fotográficas de calles, iglesias, radas, bosques, cascadas y golfos. Aquellas cosas producían deseos de viajar, de dejar lejos el cielo gris, las preocupaciones cotidianas, la vida obscura, monótona, y marchar hacia aquellos países, cuyos paisajes representados allí excitaban la imaginación y llenaban el alma de nostalgia.

Oíase cómo la lluvia golpeaba las aceras de una manera continua. ¡Qué tristeza! De nuevo las tres mujeres entraron en el coche.

—Vamos a llevarte a tu casa —dijo Odette a su amiga—. Mañana mamá y yo estaremos solas. Ven a almorzar a casa, Clarita, para que disfrute de tu compañía todo lo posible durante estos últimos días.

Desde el portal de su casa, en la Avenida de Ternes, Clara miró el coche brillante que se deslizaba sin ruido en medio del aguacero, perdiéndose a lo lejos.

XII

Los pocos días anteriores a la marcha pasaron deprisa. Un telegrama del abogado anunció el alquiler de la casa. La señora Angerolle, Odette, Clara y el doctor de Ansauvillers marcharon juntos a la estación de París-Lion-Mediterráneo.

También llovía. Era una lluvia fina que descendía de un cielo negro, una especie de rocío glacial cayendo sin cesar del fondo de la obscuridad sobre la ciudad iluminada.

La señora Angerolle, con un abrigo a cuadros, y Odette con otro gris, ocupaban el fondo del coche. La conversación era la de toda la gente que va a emprender un viaje; pasaban revista a lo que podían haber olvidado. La madre y la hija se hacían preguntas y se informaban del sitio en donde iban diferentes objetos. Unos se encontraban en el saco de mano, otros en la maleta.

Odette exclamó:

—¡Qué tiempo más malo! ¡Y pensar que mañana por la mañana amaneceremos en el país del sol.

Clara no prestaba oído a la conversación. Golpeaba con las puntas de los dedos el cristal en donde el agua fingía innumerables perlas.

El tropel negro y apresurado de los peatones aparecía en la bruma acuosa. Clara pensaba que al día siguiente ella no estaría en el país del sol. Iría a la compra, bajo la lluvia, con la criada, a lo largo de la Avenida de Ternes, llena de bazares, tiendas y cochecillos de verduleras.

El coche subió la suave pendiente que conduce a la horrible estación de P-L-M, levantada entre sus dos minaretes, cual una puerta gigantesca y negra, dando acceso al fantástico país del sol. La hilera de coches cargados de maletas color de cuero o verdosas extendíase a lo largo de las aceras. Las portezuelas cerrábanse estrepitosamente, unas tras otras. Los mozos, vestidos de azul, acudían corriendo. Las mujeres, azoradas, señalaban los bultos. Los ancianos y los niños esperaban aturridos en medio de los grupos.

La señora Angerolle multiplicó las recomendaciones al *chauffer*, y fué a recoger los talones del equipaje. Las dos jóvenes y Mauricio subieron al *restaurant* para elegir mesa.

Clara y Odette examinaban con pensamientos diferentes el gran salón de elevado techo, sus plafones de recuadros dorados y sus pinturas representando los países del sol que se encuentra al otro extremo de las vías férreas. La gente se sentaba a la mesa con las maletas, sacos de mano y mantas de viaje junto a ellos; nuevos clientes llegaban sin cesar. Un mozo empujaba el carrito, cuya plateada cúpula abrigaba los platos calientes. Y por el inmenso vano de cris-



DOS AMIGAS

(Continuación.)

tales veíanse los monstruosos tropeles de locomotoras jadeantes y de oscuros vagones alineados para la marcha. Columnas de humo blanco elevábanse sin cesar de todos lados.

La señora Angerolle se reunió al grupo. Instaláronse. Mauricio anunció su próxima salida para Monte Carlo, con el príncipe.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó Odette.

Su novio le dió las gracias con la mirada.

Se pusieron a hablar del príncipe, Felipe de Tesalia, hermano del rey reinante Miguel VII. El príncipe, que tenía tanto miedo a las enfermedades, era generalísimo en su país. Había hecho la guerra contra los turcos y más tarde contra los rusos.

Recordábanse sus visitas a las trincheras, bajo el fuego enemigo, y ciertos reconocimientos en el transcurso de los cuales la explosión de una granada le había matado el caballo que montaba.

—Hay que observar que posee una salud soberbia —dijo el doctor.

Odette experimentaba una verdadera satisfacción de vanidad mundana oyendo hablar al conde de Ansauvillers de aquel hermano de un rey. Mauricio producía a su novia el efecto de un cortesano, de una especie de gran señor viviendo entre la gente que rodeaba al monarca. La mayor parte de las muchachas son sensibles a esta clase de situaciones.

—¡Siempre los hombres son más blandos que nosotras! —exclamó Clara.

—¡Es verdad! —asintieron madre e hija.

Mauricio alzó burlonamente los brazos para demostrar su impotencia:

—Estoy solo contra ustedes tres. ¿Cómo es posible que me defiendan?

—¿Sabe usted cómo me imagino a su Felipe de Tesalia? —siguió diciendo Clara—. Con un gran sable en la mano y un gorro de dormir debajo de la corona.

Riéronse.

Aquella Clarita Vimereux tenía gracia. Poniéndose seria añadió:

—Doctor, ¿cómo explica usted una *fobia* de esta clase en un hombre valiente y, sobre todo, sano? Y el caso es frecuente. He conocido, todos hemos conocido gente que estaban perfectamente sanos y que se creían siempre enfermos.

Odette sorprendió a Mauricio sentado al lado de Clara, que le echaba una rápida ojeada para examinarla. Se adivinaba qué decía para sí: «¡Toma, pues esta muchacha es muy lista!» Y Odette estuvo contenta de ver apreciada de aquel modo a su amiga.

—Quizá el príncipe Felipe se ve dominado por una especie de miedo nervioso hereditario. Su abuelo, Felipe II el Rojo, llamado así a causa de los torrentes de sangre infiel que hizo correr en diversas matanzas sistemáticas, vivía en un miedo perpetuo de ser asesinado. Estaba rodeado siempre de guardias, adivinos, hechiceros y extraños sacerdotes, temiendo, a la vez, a Dios y al diablo.

—Conocía este episodio de la gran lucha de las tres religiones: la mahometana, la romana y la griega, que prosigue aún en Albania.

Odette y el doctor miraron al propio tiempo a la hija del teniente coronel Vimereux. La juzgaban verdaderamente instruída, interesante, espiritual, culta. Se podía hablar con ella sin cansarse.

Odette, sobre todo, admiró secretamente a su amiga.

La señora Angerolle, que a cada instante alzaba los ojos hacia el reloj, llamó al *maitre d'hotel*. Mauricio pagó discretamente la cuenta y marcharon en busca del coche. El tren de lujo se extendía a lo largo del andén. Los largos coches, de un granate discreto, llevaban todos una l. A través de las grandes ventanas de cristales, veíanse las barras niqueladas, las cortinas, las barnizadas maderas y los almohadones; más lejos, el decorado azul Prusia de los saloncitos; y más lejos aún, en el *vagón-restaurant*, con sus letreros y escudos de bronce, las servilletas plegadas en forma de mitra sobre las mesas, detrás de los cristales.

Todo aquello iba a rodar a gran velocidad, llevándose cómodamente a los ricos, dormidos, felices, satisfechos, hacia la *Riviera* fantástica que los demás sólo conocían por los anuncios.

Los empleados del tren esperaban frente a los vagones. Los viajeros iban llegando. Les seguían los mozos, cargados de bultos. Uno de ellos llevaba un juego de *golf* a la espalda. Un señor de edad, precediendo a su familia, repetía:

—Coche núm. 4: camas 21, 22, 23 y 24.

Un empleado, empujando un carretón lleno de blancas almohadas, gritaba: «¡Almohadas! ¿Quién quiere almohadas?»

Pasó una joven con un velo, dejando detrás una estela de perfumes. Un caballero, con abrigo de pieles, la seguía junto a un mozo que llevaba un saco de cuero con correas, y un *necessaire*. La dama volvió la cabeza al llegar frente al letrero que llevaba escrito en una cartulina la palabra Menton.

—Es aquí: *lit-salón!* —dijo en voz alta y decidida.

Subió. Odette la vió andar por detrás de los cristales, y observó que la desconocida iba en su mismo departamento.

Subieron; primero los Angerolle; después, Clara, y, por último, el doctor. Y mientras el caballero del abrigo se esfumaba con un gran saludo de hombre de mundo, la señora Angerolle y la primer ocupante cambiaban cumplimientos.

—Perdone usted, señora.

—No hay de qué.

Veíanse unos grandes ojos negros detrás del espeso velito de viaje.

Clara se sentó un momento. Dijo con dulzura:

—¡Ea! Me parece que también yo voy a marcharme.

Y en el tono traduciase su pena y su melancolía.

Odette la cubrió de caricias:

—¡Clarita! ¡Me da mucha pena dejarte! Te confío a mi novio. Vigílate. ¡Los hombres son tan volubles!

Viéronse brillar bajo el tul los blancos dientes de la dama desconocida. Volvía la cabeza, interesada, como lo son todas las mujeres por las historias de amor, y dirigía a la joven una de esas sonrisas de simpatía que no necesitan ser contestadas. Los mozos habían colocado los bultos pequeños en la red.

El caballero del abrigo de pieles cogió entre sus brazos a la dama perfumada, que levantó el velito cariñosamente, complacientemente. Odette oyó cómo él decía con ternura:

—¡Hasta luego! ¡Cuidate bien, amor mío!

Mauricio se despidió de Odette con un fuerte y efusivo apretón de manos.

Después hubo grandes abrazos entre Clara, Odette y la señora Angerolle.

La dama que había conservado el velito levantado hasta la nariz hablaba todavía, asomada a la ventanilla. La madre y la hija ocupaban otra ventana.

Odette murmuró:

—Conozco esta señora que va a viajar con nosotros. Es Ivona Bosio. ¿Sabes, mamá? La actriz que el otro día estaba en casa de Bourgoigne.

La señora Angerolle echó una rápida ojeada.

—Tienes razón.

Mauricio y Clara estaban en pie en el borden del andén. Despidiéronse de nuevo.

El tren deslizóse lentamente, lentamente; después, un poco más deprecisa, mucho más deprisa.

Odette seguía diciendo adiós con la mano. Envió con la punta de los dedos un beso al pequeño grupo. No se sabía a quién iba dirigido.

—¿Quiéres retirarte de la ventanilla? ¡Vas a coger un resfriado! —dijo la señora de Angerolle.

La joven les vió allá lejos a los dos, la amiga y el novio, que se iban alejando, uno junto al otro. Pensó:

—¡Qué bien se entienden! ¡Tanto mejor!

Había temido alguna antipatía que la hubiese molestado, contrariado, obligado a elegir entre él y ella.

Era demasiado pronto para irse a la cama. Odette recorrió el largo corredor. Se fijaba en todo. Trataba de ganar tiempo antes de acostarse. Leyó el anuncio relativo a la inspección de los equipajes por la aduana, cuando se pasase la frontera; miró los grabados, que representaban paisajes de Argelia, Túnez, Suiza; el mercado de Biskra, la recolección de dátiles y el Mont-Blanc, el mapa geográfico del recorrido París-Vintimille; después, al pasar, el interior de cada departamento, de caoba y telas, en donde se instalaban los viajeros. Los unos, en pie, arreglaban aún el equipaje en las redes; otros, con una maleta abierta encima de las rodillas, buscaban algo; otros leían, y otros, por último, preparados ya a pasar la noche, se recostaban en los asientos.

Recordaba sus viajes a Borgoña en aquellos mismos vagones, igualmente decorados. Jamás había ido más lejos hacia el sur. Era aquel su primer viaje al Mediterráneo. Sus padres pertenecían a una generación que viajaba con dificultad, que no iba a la Costa Azul, que prefería las largas estancias en una finca con casa cómoda y bien provista. Además, el abogado pretendía que la vida fácil, ficticia, enervante de la cálida *Riviera* no era nada conveniente para una joven.

Sintióse de repente cansada, con las piernas flojas y la espalda dolorida. Fué a ocupar su asiento. Ya habían preparado las tres camas. La de la señora Angerolle estaba en medio; la de Ivona Bosio, junto al comedor. Odette se acostó en la tercera, junto a la ventana, cuya persiana estaba levantada.

Oíase la lluvia, una fuerte lluvia de tormenta que golpeaba los cristales. Odette se extendió con delicia, feliz de encontrarse al abrigo en aquella caliente salita que rodaba por los negros campos. Las tres mujeres no se movían, no leían, no hacían nada. Entonces Odette se levantó, echó la cortinilla de la lámpara del techo, y una luz azul cayó sobre ellas, que iluminó apenas la oscura forma de sus cuerpos y dejaba sin luz alguna los rincones del departamento.

Cerró los ojos. Pensó que pronto, en abril, estaría en el mismo tren con Mauricio. Aún faltaba diciembre, enero, febrero y marzo, ¡cuatro meses! ¡Cuatro meses! Partirían los dos, él y ella, a la misma hora. Se veía con un abrigo de viaje y un sombrero gris, que le haría comprar y que le sentaría muy bien. Comerían en el *restaurant* de la estación, como aquella tarde. El se ocuparía de los pequeños pormenores del viaje. Tendría toda clase de atenciones

(Continuará en el número próximo.)

MUJER tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

Desilusión.

(CUENTO)

«¡Qué hermosa está la tarde! ¡El sol me parece que brilla más que nunca; las flores las encuentro más lindas y fragantes, y hasta aquel arroyuelo que antes me pareció sucio y encenagado, aparece a mis ojos claro y cristalino!» Y Marisa sonríe al decir esto, acariciando con su blanca manita la plateada cabeza del abuelo, que tiene el alma inundada de alegría por verla a ella contenta.

Sólo viven el uno para el otro; el viejo caserón que fué testigo de grandes fiestas, en las mocedades del abuelo, los cobija, y lo mismo que en otros tiempos se engalanaba para recibir regios personajes, espera hacerlo el día que la niña de la casa vea cumplidos todos sus deseos; porque Marisa cree (a pesar de que el abuelo se obstina en desilusionarla), que él volverá, se lo juró muchas veces, cuando veraneaba allí el año anterior, y estaba segura. ¡José Luis no la engañaría nunca; no era posible que sus ojos, que la miraban con tanta dulzura, la mintieran; si en invierno no había recibido ni una carta suya, era porque tenía que estudiar; y, en cambio, el abuelo, cada día se encuentra más pesimista y quiere hacerla comprender que ya no la quiere; pero es inútil, Marisa espera siempre, y su cara, que todo el invierno ha sido triste, ha vuelto a recobrar su perdida alegría.

Pero los días pasan, y poco a poco se despiden de Marisa las alegres tardes veraniegas, y con ellas todas sus esperanzas, y siente por primera vez en su vida la amargura del desengaño que para ella será mucho peor que para otras muchachas de su edad, porque el abuelo, con sus años, sólo sabrá hablarla de amargas realidades que ella no hubiera querido saber nunca. Y con su rubia cabecita recostada sobre los cristales del ancho ventanal de su alcoba, con los ojos fijos en el horizonte, llora y maldice la hora en que él vino a robar su tranquilidad y a hacerla soñar con un mundo de ilusiones que nunca vería realizadas.

MARY SOL.

Entre las blondas...

«Entre las blondas de mi mantilla» se apiñan los recuerdos dichosos, como otras tantas labores de su almagraño encaje.

Aún está reciente la emoción del primer Jueves Santo que la llevé. Era uno de esos días incomparables de esta bendita tierra, en que todo parece sonreír bajo el azul intenso de su cielo y el fuego de su sol. Sólo aquellos que lo hayan vivido saben lo que es un Jueves Santo sevillano.

Salí con la ilusión de verle a «él», y, como por encanto, a los pocos momentos surgió ante mí; paróse junto, y musitó en voz muy baja un piropo. (Mantilla mía, tú que solo lo oíste, sabes que fué mi ilusión desde aquel instante y que siempre me acompaña su recuerdo).

Seguí mi camino a la Visita de Sagrarios, y siempre que escuché algún otro, oía repetirse, como un eco, la voz que me dijo el primero (que para mí fué el único).

□ □ □

Y pasó un año. Al llegar ese día, que aguardaba con impaciencia, no pude verle; según he sabido después, me buscaba, repitiéndose el eterno «juego del ratón y el gato».

Esta vez, al volver a mi casa, traía un dejo de amargura: ¡no le había visto!

□ □ □

Vino la Feria, esta Feria de Sevilla, fiesta de luz y de alegría. Yo sabía que «él» no iría, no podía ir, y al ponerme la mantilla, siempre pensé: ¡Si le viera!

Pero no podía ser; tristes circunstancias lo impedían; ¡no le vería!

Con la última tarde se iba también la última esperanza. De regreso ya, y al revolver la esquina de una calle solitaria..., le ví. Se colmaron mis deseos; ya podía decir con el poeta de las rimas:

«Hoy le he visto...»

□ □ □

Desde pocos días después somos novios, y me parece que, «entre las blondas de mi mantilla», con los recuerdos gratos he de encontrar algún día, enredada, la flecha que me hizo feliz.

«CAR-MON».

Evocación.

Por las amplias ventanas de la clase entra la luz tenue de un hermoso atardecer. María Isabel, inclinada sobre el cuaderno, escribe la composición de literatura. A sus oídos llega el canto armonioso de un pájaro. El viento mece dulcemente las acacias, que exhalan un aroma embriagador: es primavera, y en el ambiente, de suyo triste, del convento, parece que hoy se extiende un velo de melancolía.

Por dos veces María Isabel ha levantado su cabecita morena y su mirada ha seguido el sol que, semejante a un disco de fuego, va desapareciendo en el horizonte. Ahora apoya los codos sobre el pupitre y con los ojos muy abiertos... sueña.

Desde lo alto de su estrado, Sor Consolación la observa, y al ver que se agita en su asiento, con la mirada brillante y encendidas las mejillas, sonríe dulcemente.

También ella soñó con una vida llena de luz y de amor. Con su loca ilusión de chiquilla no dudó por un momento que el mundo le esperaba para darle la dicha, y al trasponer el umbral del frío colegio, donde tranquila había transcurrido su infancia, sintió en el alma exuberante alegría. ¡Al fin iba a conocer los goces que proporciona la vida! Y respiró con fruición el aire, que le parecía más puro. Y admiró el cielo, que aquel día encontró más luminoso.

Pero pronto tuvo que convencerse de que su imaginación le había engañado. Cruel y bruscamente cayó de sus ojos la venda que la poesía le había prestado, y vió en su horrible desnudez el alma de los hombres, todo egoísmo y maldad. ¡Ella que los había creído con sentimientos tan delicados! Como ángel bueno a la vista de las iniquidades humanas, cubrióse el rostro y derramó amargas lágrimas, fruto de la desilusión. Después fué la muerte quien le asestó el golpe definitivo, arrebatándole a sus padres, los dos seres queridos en quienes había puesto su puro amor incomprendido, y loca de dolor al ver que la vida sólo reserva sufrimiento, corrió a refugiarse en los brazos de Cristo, único consuelo de los desamparados. Y mientras las lágrimas ardientes se deslizaban por sus mejillas, esta queja escapábase de sus labios: «¿Por qué, Señor, pones en nuestra alma esta sed de felicidad si luego nos la niegas?» Y creyó oír una voz amorosa que contestaba: «Para que al no encontrarla en la tierra, elevando vuestro corazón, miréis al cielo.»

Agítase la cabecita morena de María Isabel, y Sor Consolación sonríe tristemente, mientras que por sus dedos afilados va pasando las gruesas cuentas del rosario.

SFAX LA ROMÁNTICA.

El misterio de las noches agosteñas.

Agosto. El mes cálido que hace acudir las gentes a los balnearios.

Las noches tienen todo el encanto y poesía de un antiguo romance legendario.

El cielo muestra su azul zafiro en toda su diafanidad, cual si quisiera hacernos olvidar las noches grises y frías del invierno.

¡Oh, agosto; mes de ensueños, de ilusiones engendradas en nuestras calenturientas mentes por el influjo de tus noches ardientes!

San Sebastián, la playa elegante y hermosa, donde parecen citarse las más bellas y esculturales mujeres, ha alcanzado toda la plenitud de su apogeo.

Allí, siguiendo mi costumbre, he ido, como otros años, en busca de la frescura que nos niega Madrid en una de esas noches abrasadoras.

Agrupados en la terraza del casino, charlamos alegremente sobre nuestras excursiones de la mañana, arrullados por las olas que, con su acostumbrada monotonía, levantan sus montañas de espuma una y otra vez.

No lejos se divisa alguna pareja de novios que pasean, diciéndose las mismas engañosas palabras de hace cien años, pero que escuchamos con la delicia de una cosa nueva.

Sobre nuestras cabezas, la luna derrama su luz pálida y misteriosa, envolviéndonos como en un invisible velo de romanticismo.

No sé cómo dirigimos el tema de nuestra conversación hacia el siempre divertido de los viajes.

Nuestro amigo N. hablaba de Italia, la melancólica y dulce nación, patria de tantos y tan esclarecidos artistas.

Hablamos de sus museos, de la belleza de su cielo límpido y de la de sus mujeres.

Carlos X. preguntó entonces:

—¿Qué mujeres te gustan más: las italianas o las españolas?

—Las dos son bellas y adorables —contestó N.—; pero para mí, no hay como las españolas.

—Sí, tal vez tengan una belleza más perfecta —dijo Carlos—; pero el amor no reconoce arte ni fronteras.

En el acento con que pronunció estas palabras, un tanto enigmáticas, creí entrever algún recuerdo amoroso, alguna de esas aventuras tan frecuentes en la vida de un artista; pero de las que se guarda un dulce recuerdo.

LA DAMA ANÓNIMA.

San Sebastián. Agosto 1925.

Correspondencia.

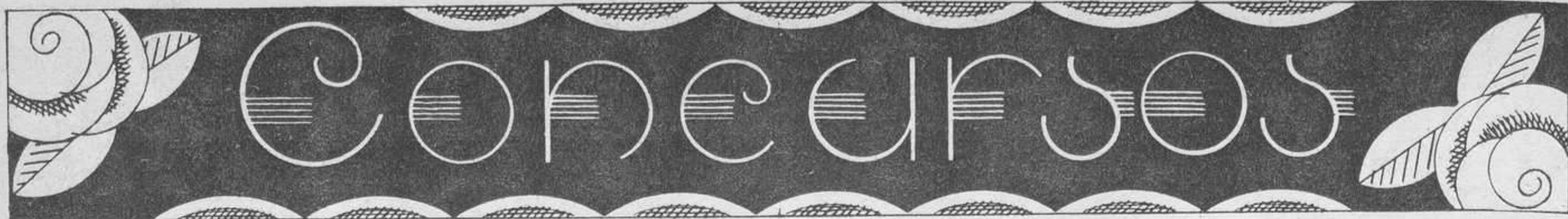
(Diríjense los envíos y toda la correspondencia al Director de MUJER. Apartado 447, MADRID.)

Alma Gazules.—Daremos las respuestas y la poesía. Las aventuras son demasiado largas. Para publicar trabajos de ese tamaño sería insuficiente la Revista entera.

Idalina Rodríguez Arellano.—Lo mismo le pasa a su *Confesión de un loco*.

Margot.—Lo sentimos mucho, pero denota demasiada inexperiencia.

María Aurora Adra.—**Sam.**—**Lesgean.**—**Pilita.**—Los trabajos de ustedes entran en turno para publicarse.



Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y para las mejores concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

I. Tengo un buenísimo recuerdo del día en que, por vez primera, subí a un avión. Es una cosa encantadora.

Un mal recuerdo: Cuando me caí del caballo: es horrible ir en un caballo desbocado; parece que todo se viene encima...

II. ¿Que cuáles son mis preferencias? ¡Huy! ¡Son tantísimas! Bailar, montar, jugar al Mah-jongg, volar, conducir mi Citroen. Otras preferencias mías son: el champagne y los bombones de chocolate.

Mis antipatías son bastantes también: odio el foot-ball, las parejas de enamorados (¡son tan empalagosas las pobres!), los pollos que sin ser «bien», se las dan de «bien», los piropos, los piropos es algo verdaderamente trágico.

III. Tengo el deseo de casarme con un americano y el temor de casarme, sin saberlo, con un turco, que no me deje ni respirar; pero como ocurra eso, os juro que hago una barbaridad, ¡¡palabra de honor!!

YAM FOND OF THE JAZZ-BAND.

I. Un buen recuerdo: El primer ramo de rosas que me dió. Uno malo: La bronca que me echó mamá la tarde que volví a casa con el pelo a lo garçonne.

II. Mis preferencias: Dar capote a madame, correr a ocultarme, y leer a Benoit, mi autor favorito.

Mis antipatías: Las tienen todos cuantos lamentan mis malogrados tirabuzones, y consiguen que mamá se enfade de nuevo.

III. Mis deseos: Un chalet de ladrillos rojo y persianas verdes; mucha luz, muchas flores; un canario parlero y Manolo (mi novio), convertido en marido.

Un temor: No llegar a tenerlo, y que Manolo y el canario vuelen...

Susi.
Sevilla.

I. El recuerdo de tus ojos hechiceros,
que diríase que besan al mirar;
el recuerdo de tus ojos traicioneros,
cuando miran altaneros,
y se clavan en mi pecho sin piedad.

II. A tus ojos los prefiero entre millares,
y en mi loco divagar,
detesto las esmeraldas, las rivales,
de tus ojos verde mar.

III. Mi deseo más vehemente: Que me mires,
que me beses con los ojos sin cesar;
y el temor que me atormenta a todas horas,
que te canses de mirarte tú en los míos,
y otro espejo vayas lejos a buscar.

MARGARITA.
Madrid.

I. Es para mí un buen recuerdo la primera declaración de amor que oí.

Lo es, para mí, malo la noche en que, muy poco a poco, ví alejarse, quizá para siempre, las últimas luces de la ciudad que me vió nacer.

II. Una de mis preferencias: Estar un rato de conversación con una persona verdaderamente amiga.

Detesto la comedia que irremediablemente tiene que hacerse en la sociedad.

III. Un deseo: Llegar a sentirme muy querida.

Un temor: No despertar nunca este cariño.

AILEMA.
Burgos.

I. Un buen recuerdo: El día que entregué mi corazón.

Un mal recuerdo: Cuando tuve que recogerlo, porque me lo devolvían.

II. Mis preferencias: Las personas enamoradas.
Mis antipatías: Los matrimonios de conveniencia.

III. Un deseo: Ser para alguien lo primero en este mundo.

Un temor: No llegar a serlo nunca.

SENTIMENTAL.
Madrid.

I. Un buen recuerdo: La primera declaración de amor.
Un mal recuerdo: El primer desengaño.

II. Mis preferencias: Todo lo que sea sincero, leal y noble.
Mis antipatías: Lo falso, ficticio e hipócrita.

III. Un deseo: Una vida tranquila en una casa muy blanca, llena de flores, en compañía del ser amado.

Un temor: No ver realizado mi sueño.

MILKA.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

Es un deseo, muy siglo xx, de malbaratar el tiempo.

QUEVEDO.

Considero a la mujer que flirtea, semejante al sepulturero que, sin emoción alguna, llevado por la costumbre, cava inconscientemente la fosa donde van a parar los más puros y nobles afectos del corazón. Así como ese hombre, que no sintió en su pecho la herida horrible que la azada abría en el alma de los demás, ha de cavar con mano trémula y ojos preñados de lágrimas, la fosa que ha de sepultar para siempre los afectos más caros de la suya, y que tiembla por cada palada de tierra que sobre el cuerpo de la esperanza de toda su vida arroje, así también temblará la mujer cuando amando de corazón deba enterrar con sus propias manos el cadáver de su ilusión, asesinado por el flirteo de que tanto echa mano la inconsciencia y la vanidad.

FLOR IDALIA.
Vigo.

Ponerse en comunicación por medio de la mirada con un muchacho que sea simpático y que creemos que nos comprende.
Simplemente por distracción, sin perseguir otro fin.

MILKA.

El rival afortunado de las sales Clarks, el excitante más enérgico para los nervios y el *rompe paz* del hogar. Me explicaré. Tengo conmigo una temporada a mis hermanas solteras. Vienen del paseo. «Hoy fulanito tenía mal gana de flirt.» «Menganito, para darme achares, flirtea con C»; otra: «Perenganito pone unos ojos para flirtear que parecen dos huevos al plato»..., etc. Es la hora de la cena; comentando, riéndose, no cena nadie. Me incomodo; mamá cuando regresen las encontrará exageradamente delgadas; pensarlo me pone nerviosa; se me cae la taza del café. ¡Adiós mi vajilla! —Esto, para una recién ama de casa, enfada mucho—. Mi marido se incomoda; detesta las mujeres nerviosas... ¡Todo por el flirt!

Mi linda taza, tronchada su vida cuando empezaba a vivir, me dicta lo que es flirteo.

UNA ROMÁNTICA.
Tetuán.

PASATIEMPOS

GRAN CONCURSO DE PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por

Pesetas **1.000** en metálico

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

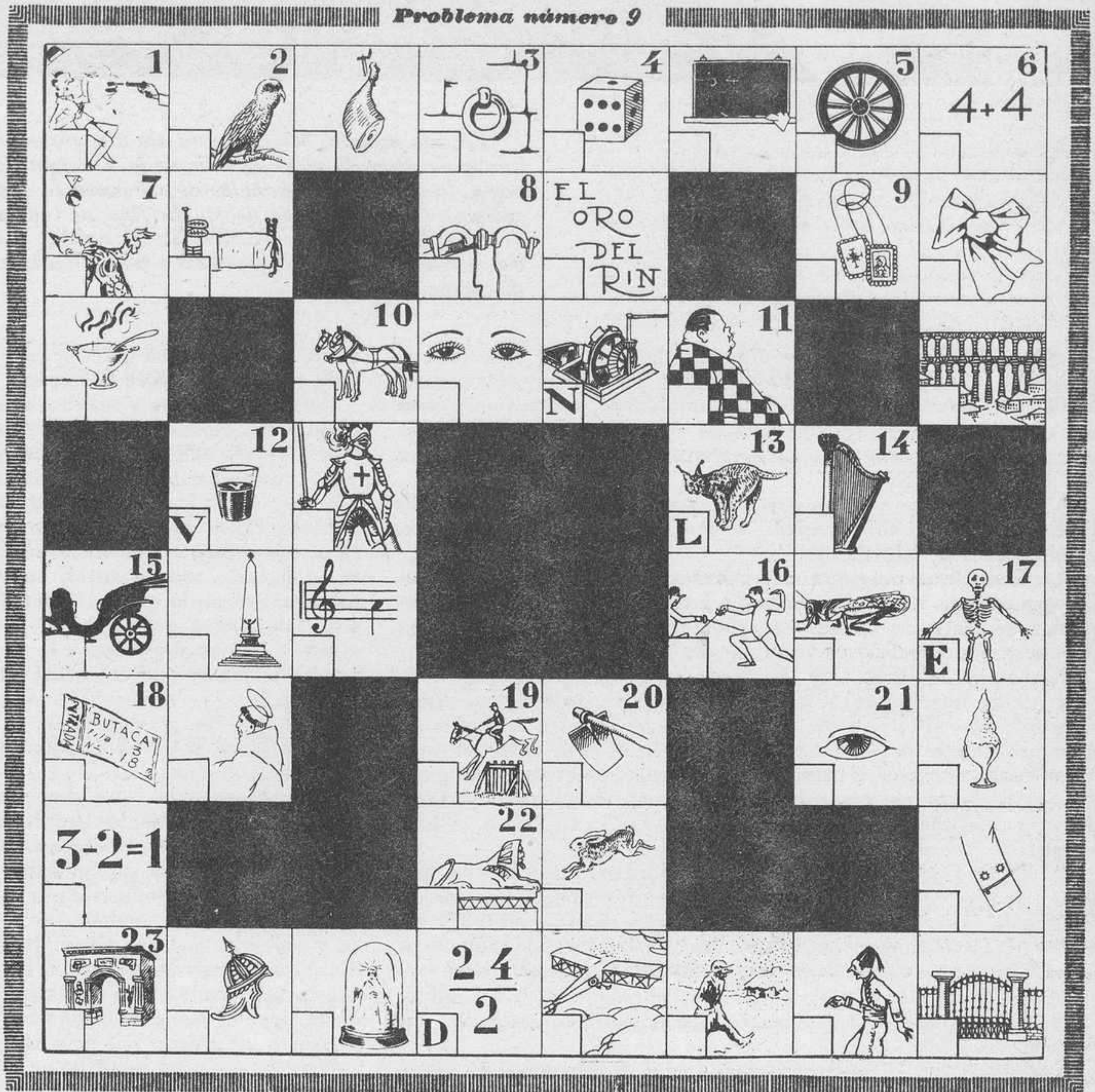
Total 1.000 pts.

El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decíase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar energéticos pufetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde. Se advierte que entre estas palabras cruzadas hay a veces algunas abreviaturas muy conocidas como: S. M. - Pts. - R. A. - R. O. - etc.



Condiciones del Concurso

- 1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.
- 2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.
- 3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.
- 4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los

catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se habrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también—a la exactitud. En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se

sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

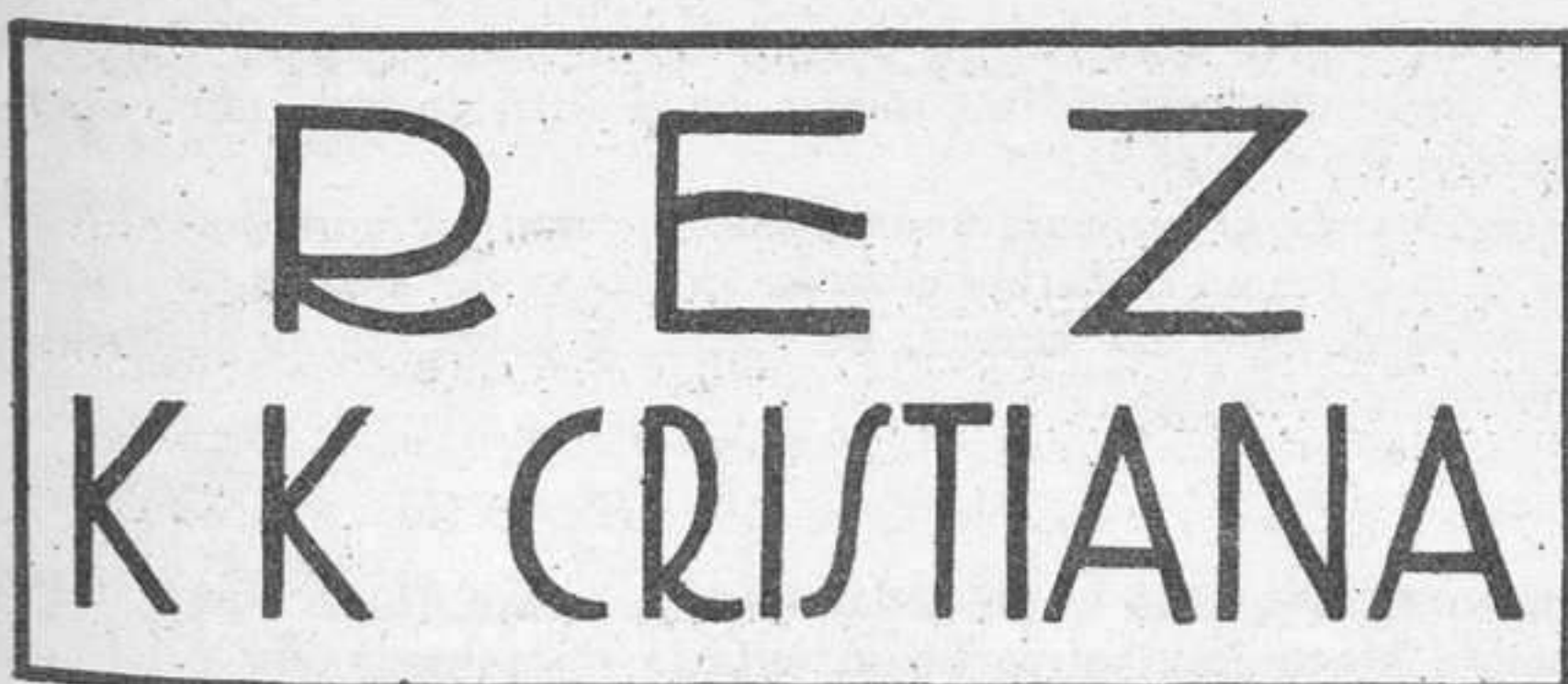
8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

CULINARIO



CHARADA

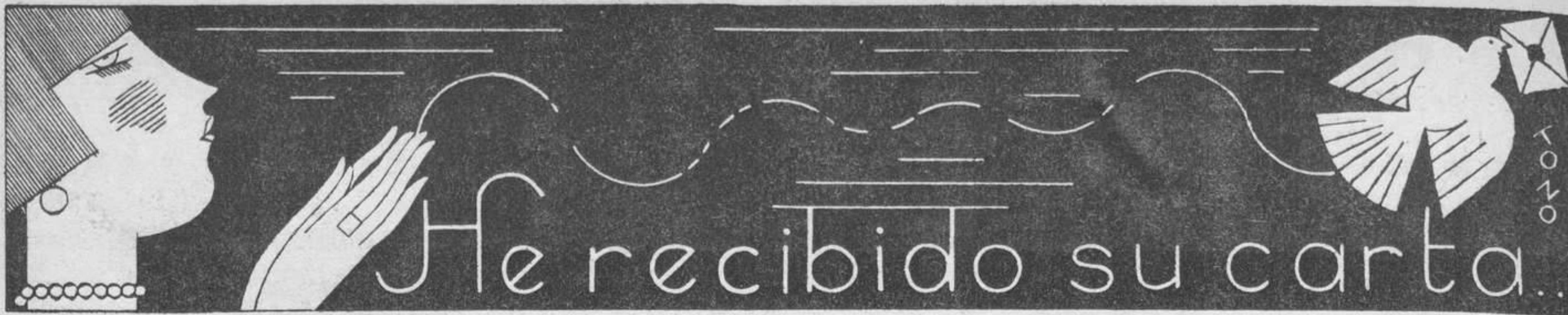
Se ha quedado 1.º-2.º 1.º-3.º de resacas del jaleo del TODO. Era su 2.º-3.º.

ENTRE PERSONAJES



CHARADA

¿Qué le pasa a 1.º-3.º? Pues que se metió el 2.º-4.º entre el TODO de carbón y está que no se le puede 4.º-1.º.



En esta sección, MUJER contesta a cuantas preguntas le hagan sus lectoras el honor de dirigirse respecto a la moda, el hogar, los cuidados de la belleza, la pedagogía, la cocina, la puericultura, así como la vida cultural, sentimental, etcétera. Estas consultas deben dirigirse por carta a la redactora encargada de esta Sección: **Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda. Apartado 447, Madrid.** Se contesta por riguroso orden de recepción.

JULIETA.—(1) Chaqué negro o de mezclilla gris, en tono oscuro; chaleco de la misma tela. Pantalón a rayas, también en color oscuro. Cuello de pajarita. Corbata de nudo o *plastrón*, a rayas muy poco marcadas. Botas de charol con botones —nunca con cordones—; la caña puede ser de ante o de paño color café o gris oscuro. Guantes amarillos muy pálidos.

(2) El estilo que más me gusta y me parece más apropiado para el caso, es el estilo *Chippendale*, en matices azul oscuro y violeta, que entonan admirablemente.

(3) A su última pregunta me es imposible contestar en esta sección que está en absoluto exenta de publicidad. Pero si quiere tomarse la molestia de darme sus señas, tendré verdadero gusto en complacerla, enviándole particularmente la indicación que desea.

LECTORA DE MUJER.—(1) El terciopelo negro resulta siempre bonito y de buen gusto, y, ahora, precisamente, goza de una boga extraordinaria. Un traje de terciopelo negro resulta adorable en una muchacha de su edad, sobre todo si lo adorna sencillamente con un cuello de encaje blanco, o amarillento. Si es usted muy esbelta, el cuello puede ser amplio, ligeramente fruncido o cortado «en forma», o cuadrado, a estilo Luis XIII. De lo contrario, el cuello habrá de ser estrecho y el escote en pico.

(2) El color de moda es el vino de Burdeos y el Corinto, que viene a ser un rojo oscuro violáceo. Los tejidos predilectos son la *drapella*, la *duretina*, el *kasha*, una lana muy flexible que se llama *charmeline*, y el terciopelo. Siendo, como usted dice, para un clima muy frío, lo mejor es hacer el abrigo en raso *matelassé*, y adornarlo con piel de topo o de nutria, teñida en el mismo color del tejido. En su núm. 5, MUJER ha dedicado a este tema una crónica, con numerosos grabados.

(3) No puedo ni debo indicarle nada para esos granos, sin saber cuál es su causa, porque solamente en el caso de que sean un mal de la piel misma tienen eficacia los remedios externos. Pueden muy bien tener su origen en una mala circulación o impureza de la sangre, en un funcionamiento deficiente del hígado o en las malas digestiones, y en cualquiera de estos casos debe consultar a un médico, que le dará un tratamiento interno y la someterá a un régimen alimenticio especial.

(4) Para blanquear las manos, nada mejor que envolverlas por la noche, al acostarse, en un lienzo fino empapado en agua oxigenada.

(5) Para el pelo negro, nada más bonito que el peinado liso y el

moño bajo; y ya que tiene la cara ancha, debe hacerse la raya a un lado y una onda sobre la frente.

Esto afina la cara y suaviza la expresión; además, la onda vuelve a estar de moda. Lávese la cabeza sencillamente con agua tibia y jabón, y para aclararla eche unas gotas de amoníaco en el agua.

(6) Lo mejor es el aceite de ricino o la vaselina esterilizada; además, cortar las puntas cuatro veces al año.

LIRBA EDORTANC.—Sí; desde luego escríbele y confiese lealmente su error; puesto que tiene esa doble seguridad que dice, no vacile en hacerlo cuanto antes; entre dos que se quieren realmente, nada más absurdo que un amor propio inútil, causa de una situación falsa, cuya prolongación puede acarrear la desgracia de dos vidas. Y piense que siempre lo mejor es afrontar las situaciones de frente; la sinceridad es la más noble y la más simpática de las actitudes.

MARINA.—No; no es preciso.

LOLA T. DE B.—Vea el número 6 de mi respuesta a «Lectora de MUJER».

UNA ADMIRADORA.—La gimnasia sueca es arma de dos filos, y lo mismo tiene movimientos propios para adelgazar que otros que desarrollan considerablemente ciertas partes del cuerpo; por esto no conviene practicarla sin consultar previamente un tratado *ad hoc*. Ahora, que puedo indicarle por lo menos uno, que es excelente para el caso: consiste en tumbarse en el suelo, sobre la espalda, y sentarse y volverse a echar alternativamente. Debe usted ejecutar cada día, bien sea por la mañana al levantarse, o por la noche antes de acostarse, terminada la digestión, de diez a veinte veces este ejercicio, siempre *con extraordinaria lentitud*.

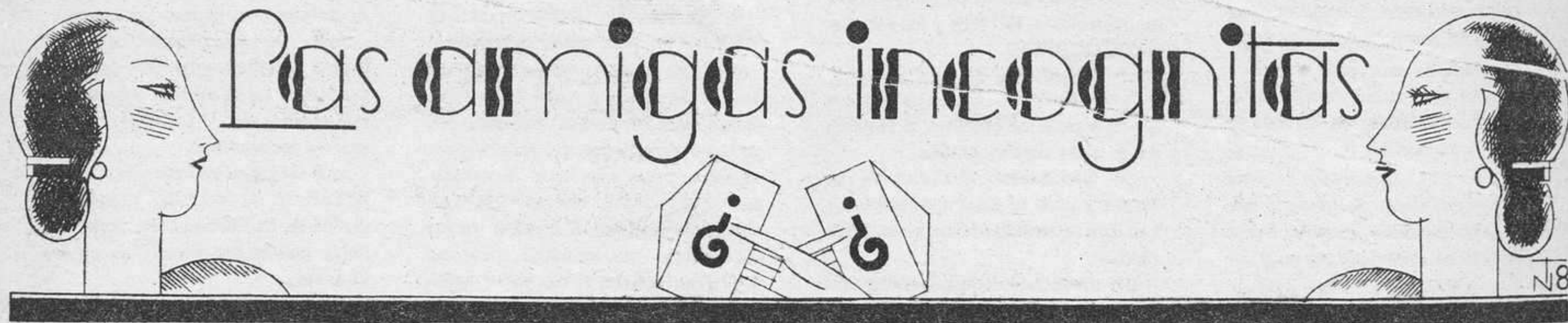
¡Ah! y mil gracias por su amable seudónimo.

MIMOSA.—Yo los pondría, en el traje gris, de color de rosa, y en el negro, amarillos o blancos.

R. M. D.—Es cierto que se ha generalizado mucho, y si he de serle franca, yo tampoco creo que sea ninguna inmoralidad. Pero... si sus papás se oponen, me parece la más poderosa de las razones para renunciar a ello.

JOSEFINA E.—Ya que me pide usted mi opinión sincera le diré que... a mí tampoco me parece de muy buen gusto; son muchos colores en un solo sombrero, y además no entonan nada bien.

MARÍA D.—En nuestro próximo número encontrará usted precisamente infinidad de modelos de lo que desea.



En esta sección, las lectoras de MUJER corresponden entre sí; publicamos cuantas indicaciones se nos envían, firmadas con seudónimo con iniciales o con el nombre.

VICHÓ.—¡Ah, mi buena amiga! ¡Que tu perro está triste, como un buen futurista que se llama incomprendido, porque no le premiaron en la Exposición caninal! Realmente es una honda tragedia, que me figuro debe tenerte atribulada. Pero, ¿qué puede esperarse de la suerte de un perro? Lógicamente pensando tiene que ser... perra.

Ahora bien: yo creo que para que se consuele debes recomendarle que frecuente un café, que asista a una tertulia de melencidos (de *griffons*, por ejemplo), que hablen de la injusticia humana; estos melencidos serán *griffons*, naturalmente.

Yo soy una modernista, así como ustedes lo están oyendo! Detesto las reuniones en donde se baila y los muchachos no dicen más que tonterías, los paseos «bien», las meriendas de buen tono; detesto todo eso que es lo que estoy obligada a hacer; quisiera encontrar en esta simpática sección a una amiga mujer, muy mujer, que me comprendiese y me sirviese para desahogar mi espíritu, que en este mundo se va entumeciendo, anquilosando. Segura de encontrarla, levanto mi voz.

MARY-SOL.

VELETA.—¿No quieres reír cuando te hablan de amor? Pues bien: voy a darte una respuesta concisa, cruel si tú quieres, pero de amiga incógnita y buena.

Ninguna mujer escucha unas frases de amor, si no quiere. Lo piadoso y lo serio es evitarlas cuando sabemos de antemano que nos van a hacer reír. Lo demás, es juego, y jugar con el amor de los hombres es siempre peligroso.

DOLLY.

LEONOR.—No creo que puedas encontrar las obras completas de Eduardo Marquina; yo lo he intentado sin conseguirlo, pues como tú, es un poeta que me entusiasma.

Imágenes realmente poéticas, dicción amplia, versificación de riquezas incalculables, y, sobre todo, emoción honda, desgarradora y humana emoción. Es un poeta artista, esto es, poco frecuente, por desgracia; por eso es un tesoro su obra.

AMALIA.

OBRAS COMPLETAS

DE

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



NOVELA Y TEATRO

	Pesetas.		Pesetas.
* 1.— El poema del trabajo, Diálogos fantásticos, Flores de escarcha. Prosa lírica.....	5,—	17.— Canción de cuna, Primavera en otoño, Lirio entre espinas.....	4,50
2.— Sol de la tarde (Novelas).....	5,—	* 18.— Mamá, Madrigal, El pobrecito Juan.....	4,50
3.— La humilde verdad (Novela).....	5,—	19.— Amanecer, Las golondrinas, El ideal.....	4,50
* 4.— Motivos (Crítica lírica).....	5,—	* 20.— Esperanza nuestra, Sueño de una noche de Agosto, Rosina es frágil.....	4,50
* 5.— Tú eres la paz (Novela).....	5,—	21.— Teatro de ensueño. Jardín de Santiago. Rusiñol. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez.....	5,—
* 6.— La feria de Neuilly. Ilustraciones de Barradas.....	5,—	22.— El peregrino ilusionado (Viaje sentimental.) Ilustraciones de Laura Albéniz.	5,—
* 7.— Aldea ilusoria. Ilustraciones de Laura Albéniz.....	5,—	23.— La vida inquieta (Glosario espiritual).....	5,—
* 8.— La casa de la primavera. Poesías. Prólogo de Rubén Darío, Juan R. Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y E. Díez Canelo.....	5,—	24.— El Reino de Dios, La adúltera penitente, Navidad.....	4,50
9.— Abril melancólico (Novelas).....	5,—	25.— Vida y dulzura, La sombra del padre, Hechizo de amor.....	4,50
10.— El diablo se ríe (Novelas).....	5,—	26.— Don Juan de España (Tragicomedia).....	5,—
* 11.— La selva muda (Novelas).....	5,—	27.— Corazón ciego.....	4,50
* 12.— Granada (Guía emocional).....	5,—	* 28.— Mujer.....	4,—
* 13.— Cartas a la mujer de España.....	5,—		
* 14.— Feminismo, Femenidad, Españolismo.....	5,—		
* 15.— La mujer moderna.....	5,—		
* 16.— Kodak romántico.....	5,—		

(Se marcan con asterisco aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

DICCIONARIO CALLEJA

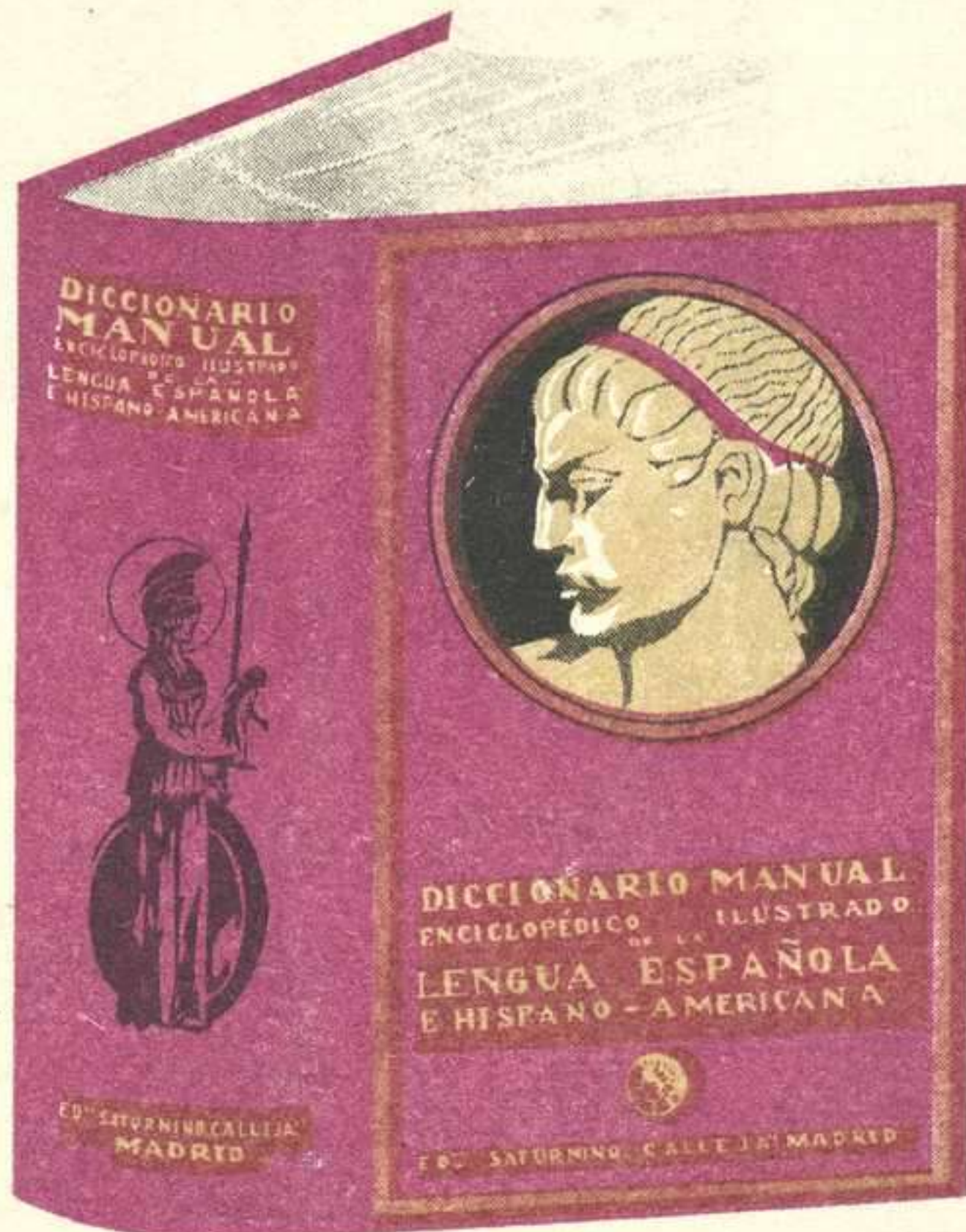
NUEVA EDICIÓN ENTERAMENTE REFUNDIDA DEL FAMOSO

DICCIONARIO - MANUAL ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA E HISPANO-AMERICANA

UN TOMO DE
1.384
PÁGINAS, CON UNAS
6.880.000
LETRAS,
7.000
GRABADOS,
19
LÁMINAS EN COLOR,
250
MAPAS Y PLANOS
ESPECIALES



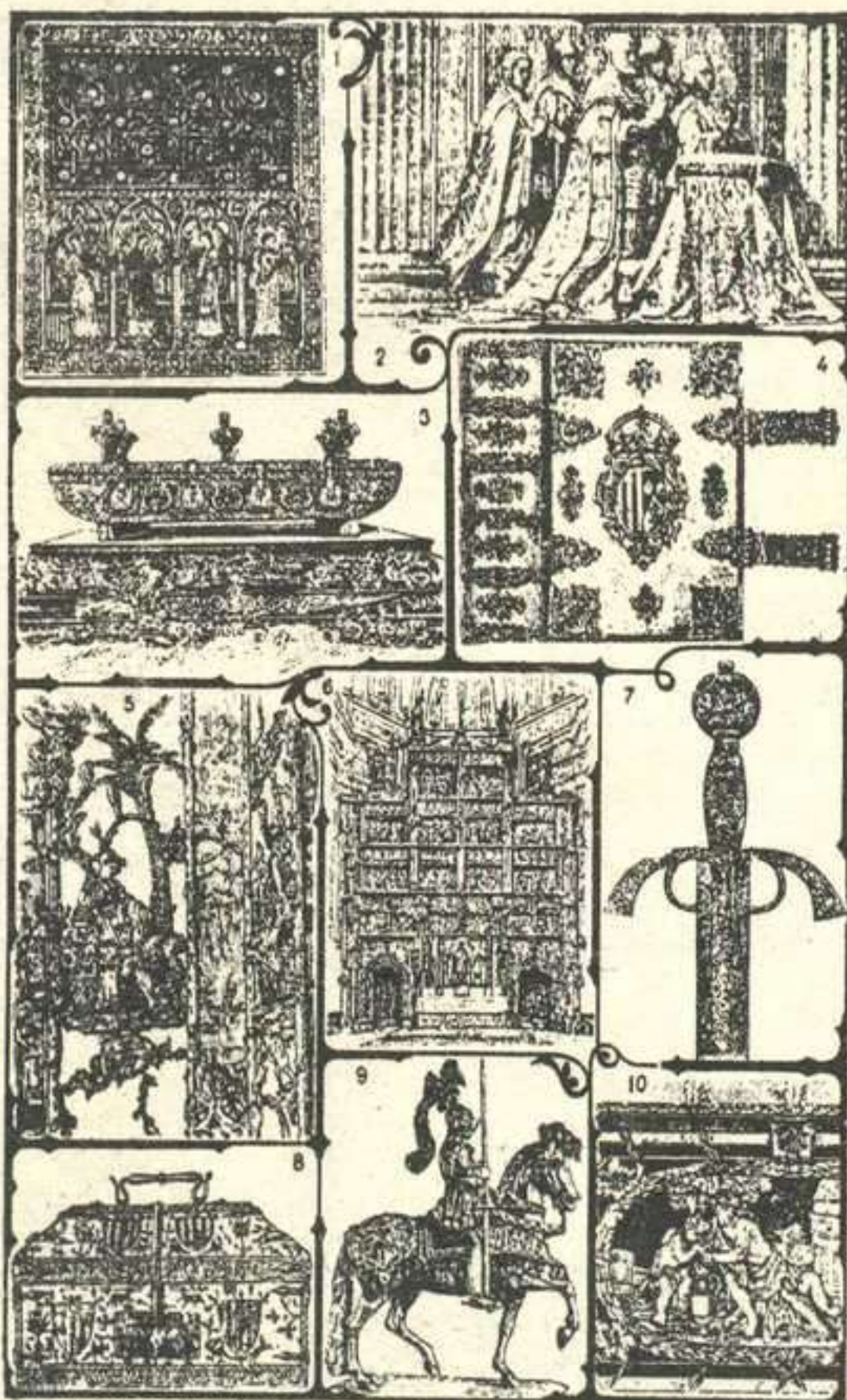
ENCUADERNADO
EN TELA INGLESA
CON ARTÍSTICAS
PLANCHAS
ORIGINALES,
14
PESETAS

En la numerosa colección de DICCIONARIOS CALLEJA, hace tiempo clásica, es uno de los más famosos, el más unánimemente aceptado y el más universalmente difundido, el DICCIONARIO MANUAL ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA E HISPANO-AMERICANA.

Desde los ya lejanos tiempos de su lejana edición —prístina entre las españolas de su género—, el renombre de este DICCIONARIO ha ido sin cesar acrecentándose. Así hemos procurado acercarlo, también progresivamente, a la perfección, más que en cosa alguna humana inasequible en estos archivos del conglomerado vastísimo, complejísimo e inaprensible que es el léxico de un idioma, aunque no sea tan rico y frondoso como la lengua que hablan los españoles y sus hermanos de América. Tan rico y tan cambiante, porque el lenguaje es tan por esencia vivo, que acaso ninguna otra sea imagen más exacta de la vida, ni se refleje en otro espejo con más rápida fidelidad que en

él y con más que nunca implacable e impasible rigor: la corriente perdurable de las cosas. Sin cesar, como en la muchedumbre de sus vocablos nacen —neologismos— y mueren —voces anticuadas— muchos. Y mientras viven, se perfeccionan, se afinan, crecen o derivan hacia la senectud. Y todo ello ha de registrarlo el Diccionario, si no quiere ser, en vez de censo vivo de una viva multitud, retraso añejo que ya no responde a la actual fisonomía.

Por eso, este DICCIONARIO, tomado cuidadosamente de la última faz del viejo idioma cervantino, purificado, embellecido y matizado por tantos siglos rotundos y tantos ingenios felices, ofrece garantías de dar el mejor, o siquiera el más reciente croquis de ese palpitante instrumento sonoro y preciso, altivo y flexible, que usando la bella frase de uno de sus artífices maestros, podemos llamar «áspero y dulce como un paisaje español de piedra y cielo».



MADRID (Arqueología): 1. Entrepiso interior de la izquierda de un típico sótano-museo del siglo XIV, de madera esculpida, pintada y dorada, procedente del Monasterio de Piedra. Real Academia de la Historia, Madrid.—2. Carlos V, su mujer, hija y hermana. Grupo en bronce de Pompeo Loni. Monasterio del Escorial.—3. Arca sepulcral que contiene el cuerpo de San Isidro Labrador. O'cedra, Madrid.—4. Catedral del Milenio de Isabel la Católica. Basílica del P. Real. Idem.—5. Detalle del Salón de Torrelana, estilo japonés, del Palacio Real de Aranjuez.—6. Retablo de santa Blanca labrada en Génova por encargo de D. Juan II de Castilla. Iglesia del Paular.—7. Insignia del Gran Capitán, con su nombre y blasón. Sobre ella preside el juramento de fidelidad al heredero de la Corona los Grandes de España cuando comienza su reinado. Armería Real, Madrid.—8. Cofre hispano-árabe en marfil (siglo XIII al XIV). Real Academia de la Historia. Idem.—9. Armadura escuadra labrada en 1538 del Emperador Carlos V. Armería Real. Idem.—10. Fragmento de una placa de porcelana del Buen Retiro (detalle del Salón del Palacio Real). Idem.

1200,000
300,000



SALAMANCA. to en 1199, y su imperio se dividió en ocho ó nueve Estados... SALAMANCA (Escudo de).



SALAMANCA. 1. Doña Elena M. 1272.—2. El chanfre Aparicio. M. 1274. (Trajes del siglo XIII tomados de dos estatuas yacentes de la Catedral vieja de Salamanca.—3. Caballero del siglo XV armado de todas armas. (De la estatua yacente de uno de los caballeros del linaje de Anaya existente en la capilla del mismo nombre de la Catedral de Salamanca).



300.000
50.000
900.000
13

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID